

# La Ilustración Artística



AÑO XII

BARCELONA 17 DE JULIO DE 1893

NÚM. 603

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



NOBLEZA, escultura de Eusebio Arnau

(Salón Parés)





**Texto.** — *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *Los edificios de la Exposición de Chicago*, por M. A. — *Recuerdos del centenario rojo. Luis XVII. V. La obra sin nombre*, por Emilia Pardo Bazán. — *La cruz de hierro*, por Manuel Amor Meilán. — *Nuestros grabados.* — *Anie* (continuación). — **SECCIÓN CIENTÍFICA:** Varios.

**Grabados.** — *Nobleza*, escultura de Eusebio Arnau. — *Los edificios de la Exposición de Chicago*, cinco grabados. — *Los acorazados «Victoria» y «Camperdown» y retrato del vicealmirante Tryon.* — *El delphin; El zapatero Simón; María Antonieta ante el tribunal revolucionario; Encierro de María Antonieta en la Conserjería.* — *Flores de invierno*, dibujo de Francisco Maura. — *La carrera á pie*, bajo relieve de Mariano Benlliure. — *Antonio Vico.* — Figuras 1 y 2. Vaciado de una impresión de un cuerpo humano sobre una masa de mortero. — *La estatua del célebre astrónomo Arago.* — *Distraición*, escultura de Venancio Vallmitjana.

## MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Aficiones de París á las literaturas extranjeras. — Libros varios acerca de diversos pueblos. — Traducciones y comentarios de estas traducciones. — *La Dorotea*, de Lope. — Un libro de Rabbé sobre las mujeres predilectas de Byron. — La condesa Guiccioli como historiadora de su amante. — La primer novia de Byron. — *Lady Lamb.* — Casamiento de Byron. — Reflexiones. — Conclusión.

No podría hoy argüirse á la gente literaria francesa de menosprecio por las literaturas ajenas. A diario se publican testimonios de una consideración rayana en culto. Las traducciones menudean y nuestros grandes literatos no se quedan á la zaga. Emilia Pardo Bazán, Gaspar Núñez de Arce, José Echegaray, Benito Pérez Galdós, Juan Valera, Manuel Tamayo, Armando Palacio Valdés y otros muchos no me dejarán por embustero en esta incontestable aserción mía. Durante los últimos meses un erudito acaba de publicar la *Dorotea*, el drama-novela de Lope, tan gustado por nosotros, drama cuyos retruécanos de dicción y cuyas alusiones á las letras y ciencias de aquella edad parecían hacer de él un libro únicamente gustoso á nuestro paladar español. No cabe duda: la literatura y la lengua hispanas van saliendo de aquella sistemática elipsis en que las tuvieron los primeros escritores franceses á principios del siglo corriente. No se comprendería hoy un libro semejante al clásico de Chateaubriand que, dedicado á mostrar la supremacía de las artes y letras cristianas sobre las artes y letras antiguas, ignorase por completo autor como quien escribió el *Mágico Prodigioso*, y no mentase para corroborar sus tesis obras tan excelas como las obras españolas. Mas ahora, los ojos del espíritu francés van convirtiéndose hacia nosotros y el pensamiento suyo concentrándose con verdadera reflexión en el pensamiento nuestro. Bien es verdad que igual ó mayor atención prestan los franceses á todas las literaturas extrañas. Compréndolo muy bien, tratándose de las letras rusas, por la estrecha y cordial alianza establecida entre Rusia y Francia con anudadísimos lazos, á causa de la comunidad en sus intereses frente á Germania. Mas es incomprendible para mí, si no lo explico por devoción al mérito de las literaturas extranjeras, el empeño con que traducen y comentan hoy obras de pueblos tan ajenos á sus intereses como los pueblos escandinavos. Así conozco tres volúmenes compactos sobre los dramas de Ibsen. ¿Qué más? Después de Alemania y Rusia no hay pueblos tan reñidos como Francia é Inglaterra. En Egipto, en Túnez, en Marruecos, en Terranova, en Cochinchina, en Madagascar se cogen á manos llenas los conflictos anglo-franceses y no pasa día sin que las revistas isleñas publiquen cálculos sobre un espantoso choque de las dos naciones rivales. Y sin embargo, Francia sigue prestando preferente atención á las letras inglesas. Un escritor tan competente como Rabbé me ha rejuvenecido, poniéndome á la vista, en volumen recentísimo, lecturas de mis mocedades tan amadas como las historias y tradiciones respecto de los amores del gran Byron, á quien todos admiramos, de mozos, con verdadera y constante admiración. Así he devorado aquellas páginas consagradas á un argumento de suyo dramático, en que los golpes de su corazón desordenado, pero amantísimo, forjan y cincelan hermosas figuras, las cuales parecen idealizadas y mentidas. Con decir cómo yo me tragué un día los dos volúmenes publicados por la condesa Guiccioli respecto de Byron, ambos pesadísimos y abrumadores, paréceme inútil decir el deleite con que habré recogido las amenas páginas de Rabbé sobre las mujeres preferidas por el

poeta que ha llenado con su gloria la mitad primera del siglo.

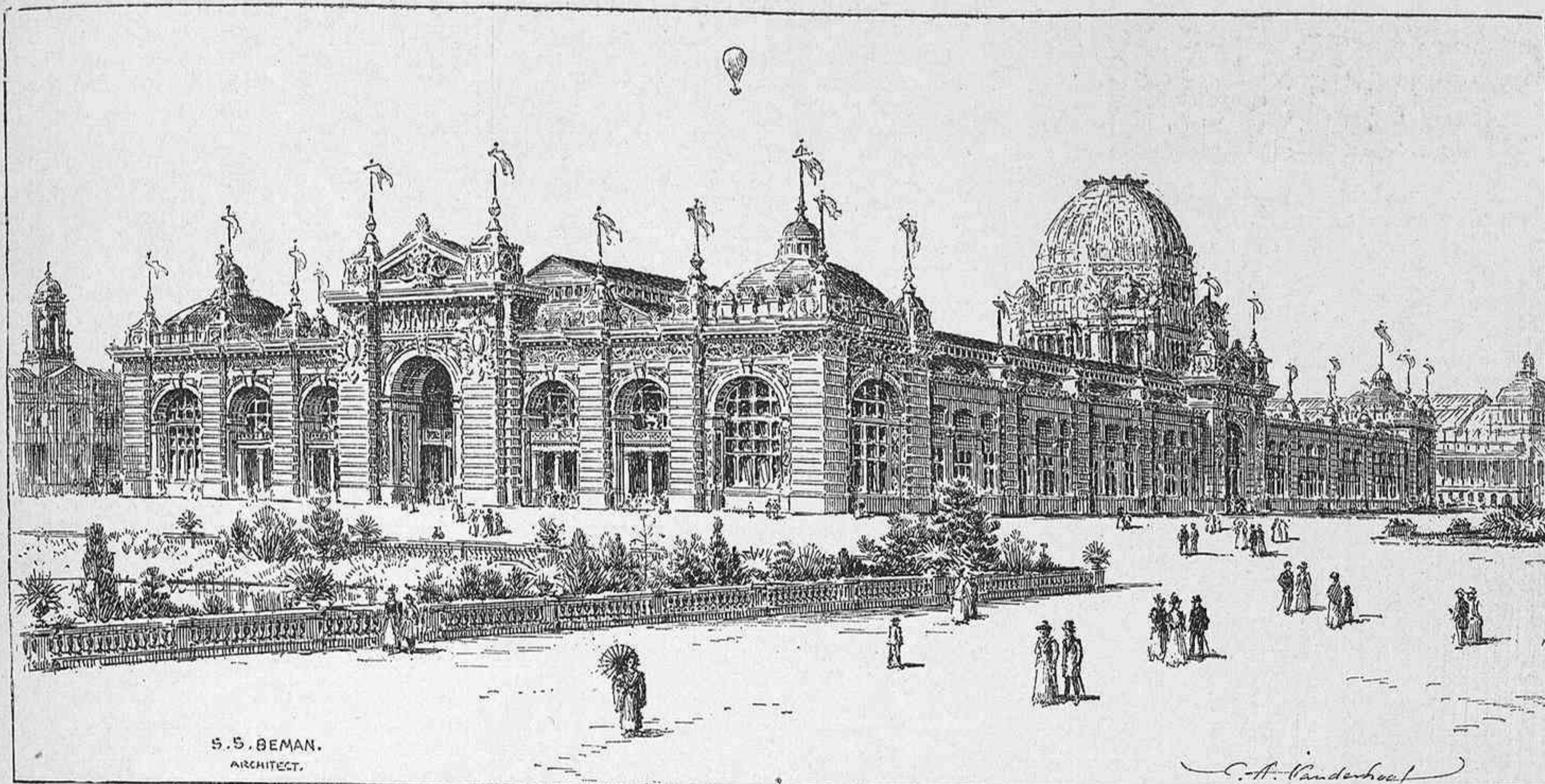
Entre estas mujeres inmortales contaba Quinet á la mencionada condesa de Guiccioli por una de las más bellas formas que ha podido revestir la inspiración sobre nuestra tierra. Y así aquella mujer, que había encontrado al poeta en la mitad de su camino, cuando la desesperación le hervía más rugiente en el pecho, cuando la fe se le apagaba casi con la vida, y le sonriera como sonrío la luna entre los nubarrones de la tempestad, y le calmara con sus lágrimas como la lluvia el hirviente Océano, y le sugiriera versos serenos cuya dulzura entró en la miel más sobrosa que guarda el universo espiritual de las artes, y le moviera con empeño á acciones inmortales como la lucha por la emancipación de los griegos, cuyo recuerdo queda entre los heroísmos y los sacrificios mayores de la historia, aquella mujer es una de esas sublimes musas que pasan cantando, como una bandada de blancas aves místicas, sobre los horrores y las tristezas del mundo. Yo creí siempre que la condesa de Guiccioli, después de haber sonreído á Byron en Venecia, después de haberle llevado á Ravena, después de haber paseado con él melancólicamente á las orillas del Arno, bajo los pinos verdinegros de Pisa, había muerto al día siguiente de la muerte del poeta sobre la tierra de Grecia. ¿Qué podía hacer ya en el mundo? ¿A qué vivir, cuando jamás volvería á ver en la tierra el ruiseñor misterioso que á su lado cantara y transmitiera estos cantos, no al aire vago, cuyos giros los repiten y los disipan en la brevedad de un instante, sino á la gloria, dispensadora de la inmortalidad? No podía yo pensar que la muerte hubiera arrastrado á Byron y perdonado á la condesa. Creí que sus almas se hallaban confundidas hasta el punto de vivir ambas de una misma vida y en un mismo cielo, como esos astros de una constelación que jamás se ven separados y que desde el principio de los tiempos se contemplan mutuamente en la inmensidad del espacio con amorosa mirada. Eloísa no hubiera pasado á la posteridad, no, de haber tenido otro pensamiento que el pensamiento de Abelardo. Para vivir en todos los tiempos ha necesitado morir en el charco de sus lágrimas, sobre las piedras frías del claustro, viuda inmortal del filósofo. Su corazón vive tanto como la ciencia de su amante, porque el corazón de Eloísa encerró lo infinito por el amor, como encerró lo infinito el pensamiento de Abelardo por la inspiración y el raciocinio. La violencia y el odio los separaron; pero ahora sus huesos duermen juntos, confundidos dentro de su sepulcro, en el calor eterno de la llama que los animó durante la vida. ¿Pero qué ha hecho la condesa de Guiccioli? Ha vivido. Y no sólo ha vivido, sino que se ha casado con un marqués rico y senador de Francia, con el marqués de Boissy. Y no sólo se ha casado, sino que viuda de éste ha escrito un libro sobre Byron en dos gruesos volúmenes, inspirados por óptima intención, pero enojosos como toda difusa apología. He recorrido las mil doscientas páginas de sus dos volúmenes, sin encontrar ni una nueva noticia, ni un rayo de inspiración. El cielo no ha querido concedérsela á esta marquesa rica, senadora, patricia, que cubre con flores de luciente seda el esqueleto de su amante. La condesa faltó á su primer marido por Byron. Esta falta sólo podía tener una excusa: la eternidad de su amor. ¿Cómo ha llevado la condesa Guiccioli su luto eterno? Llamándose la marquesa de Boissy, y muerto este cuidado, escribiendo un libro voluminoso, inacabable, sobre Byron, libro que es un apolo-gético enfadoso, cuando debiera ser la poesía lírica escapándose de un alma enamorada. Yo estoy seguro que otro libro escribiera si en su viudez moral se encierra, si arrastra el luto hasta que Dios la hubiera llamado, si va á buscar para tejer una corona al poeta las bien olientes violetas del cementerio de Pisa, en vez de buscar las flores de trapo de los salones parisienses, que sólo huelen á perfumería.

Byron fué desgraciadísimo en su primer amor; y de tan capital desgracia, como de una raíz venenosa, provienen todas cuantas han amargado su vida. El amor, sólo el amor pudo haber creado para Byron un mundo de felicidad y esperanza. Pero el amor más intenso de su vida, el primer amor verdaderamente grave de su corazón no encontró la correspondencia que acaso fuera su eterna felicidad. ¡Amar y no ser amado! ¿Concebís mayor tormento? El corazón solitario sólo engendra serpientes como el desierto. Nadie se cura de vuestra vida, ni se interesa por vuestra suerte. Los más bellos pensamientos caen por su propio peso en el abismo del alma, pues no tenéis á quien comunicarlos, y la hieren y la destrozan. Podéis salir de vuestra casa sin que nadie os detenga y volver sin que nadie os aguarde. Como la salud es vuestra solamente, la exponéis al primer peligro, la jugáis á la primera carta. Como la muerte ha de he-

rir un corazón solitario, la esperáis indiferente. No tenéis con quien compartir ni penas ni alegrías. El alma que, partida en dos, se agranda hasta lo infinito, en el egoísmo se encoge y seca á la manera de esas frutas caídas verdes del árbol. Cuando las fuertes emociones de un corazón varonil, cuando las rudezas de un carácter que ha peleado mucho no están por la sonrisa de una mujer querida, templadas, toman algo de salvaje, como los campos abandonados de cultivo. Después de la tempestad no hay calma; después de la noche no hay aurora; después de la duda no hay fe; después del dolor no hay consuelo. Una vida sin amor es un cielo sin astros. Miss Chaworth, abandonando á Byron, acaso le cortó las alas con las cuales se hubiera remontado al cielo, y lo dejó entregado á sus propias pasiones y á la soledad de su pensamiento, entre los torbellinos del mundo. Antes de partirse quiso verla el poeta. En efecto, tuvo valor para arrostrar la mirada de aquella mujer, feliz en otros brazos que no eran los brazos de su primer amante. Pisándose el corazón y las entrañas, penetró en aquella estancia que había creído destinada de suyo á ser templo de su felicidad. La rubia cabeza se inclinó para saludarle. Las miradas de los dos amantes, separados para siempre, se encontraron en aquel supremo adiós. Byron le dijo que su único deseo era la felicidad de su amiga y que se iba contento viéndola feliz; que sentía un gran dolor, pero que ante todo y sobre todo sentía una amistad infinita por ella, hasta el punto de ser capaz de amar á su esposo porque amaba con pasión á la predilecta de su alma, primer aurora del amor en su recuerdo. Cuando veía al hijo de aquella su primera novia, el cual apenas contaba entonces dos años; cuando descubría en su fisonomía rasgos de la fisonomía del padre, su corazón se partía de celos en mil pedazos; pero cuando lo observaba más y veía los ojos de su madre, lo estrechaba contra su corazón y lo besaba hasta sofocarlo.

Hay dos mujeres que han dejado en el ama de Byron inextinguible huella. Hay dos pasiones que han sido la clave de su destino; pasión adúltera la una, pasión legítima la otra; desgraciadas ambas, causas generadoras de todos sus infortunios. Carolina Lamb es la primera que emponzoñó sus días. Hija de una de las principales familias inglesas, educada para las letras, de nervioso temperamento, de imaginación exaltadísima, su amor á las lecturas romancescas, su entusiasmo por la poesía exacerbaron casi todas sus pasiones, prestándole invencible inclinación por las aventuras. Fluye corriente ponzoñosa siempre del error que consiste en no trazar la línea divisoria entre el mundo de la poesía y el mundo de la realidad. Aquella joven era, pues, una heroína de novela. El marido suyo no parecía idóneo á contrastar estas exaltaciones de una fantasía lanzada como continuo cohete incendiario en medio de las realidades prosaicas de la vida. Pero aquel matrimonio fué algún tiempo feliz. Ora proviniese su felicidad de mutuo amor, ora de que ninguna ocasión había encendido la fantasía de Carolina, lo cierto es que sus días se deslizaban tranquilamente en la paz doméstica. La joven leía sus escritos á una sociedad reunida en espaciosas biblioteca, y aquellas ocupaciones llenaban su vida, y aquellos aplausos satisfacían su ambición. Ningún matrimonio más feliz en Londres que este matrimonio. Pero cierta noche se encontraron Byron y Carolina en casa de Lady Jersey. La joven se sintió herida súbitamente por aquella mirada de poeta. Ella, que tantas veces pintara el amor, no lo había sentido hasta aquel momento de perdición. Las fantasías de sus novelas se cristalizaron en una pasión que vino á ser toda su alma, toda su existencia. El magnetismo poderoso que poseía como un talismán aquel genio extraordinario, la atrajo invenciblemente. Las fuertes alas de Carolina quedaron pegadas al corazón de Byron. Ya desde aquel momento no hubo para ella ni arte ni poesía; mundo, cielo, idea, vida, fueron para el amor. No la había seducido; la había fascinado. Sin respirar, sin pensar, dirigiase hacia aquella pasión, en cuyos círculos caliginosos iba á dejar la felicidad, la honra y la existencia. El mundo le ofrecía toda suerte de atractivos, la riqueza sus tesoros de placer, la sociedad su respeto, las letras su miel y no su acibar, el matrimonio su santa serenidad, tres hermosos hijos ese amor que debe rebosar en el corazón de una madre; y todo lo olvidó por su loca pasión. Nada vió, de nada se acordó; ninguna batalla sostuvo con su propia conciencia, á ningún remordimiento pegó su voluntad; la honra y hasta el pudor huyeron arrancados por aquel rayo que se desprendió rápidamente de un cielo sereno. Carolina creyó en aquella noche que desde toda una eternidad había sido predestinada para Byron, y que lanzarse en sus brazos era tan natural á su ser como á los cuerpos inertes buscar su centro de gravedad. El fatalismo sirve siempre para





EXPOSICIÓN DE CHICAGO. - Palacio de Minería

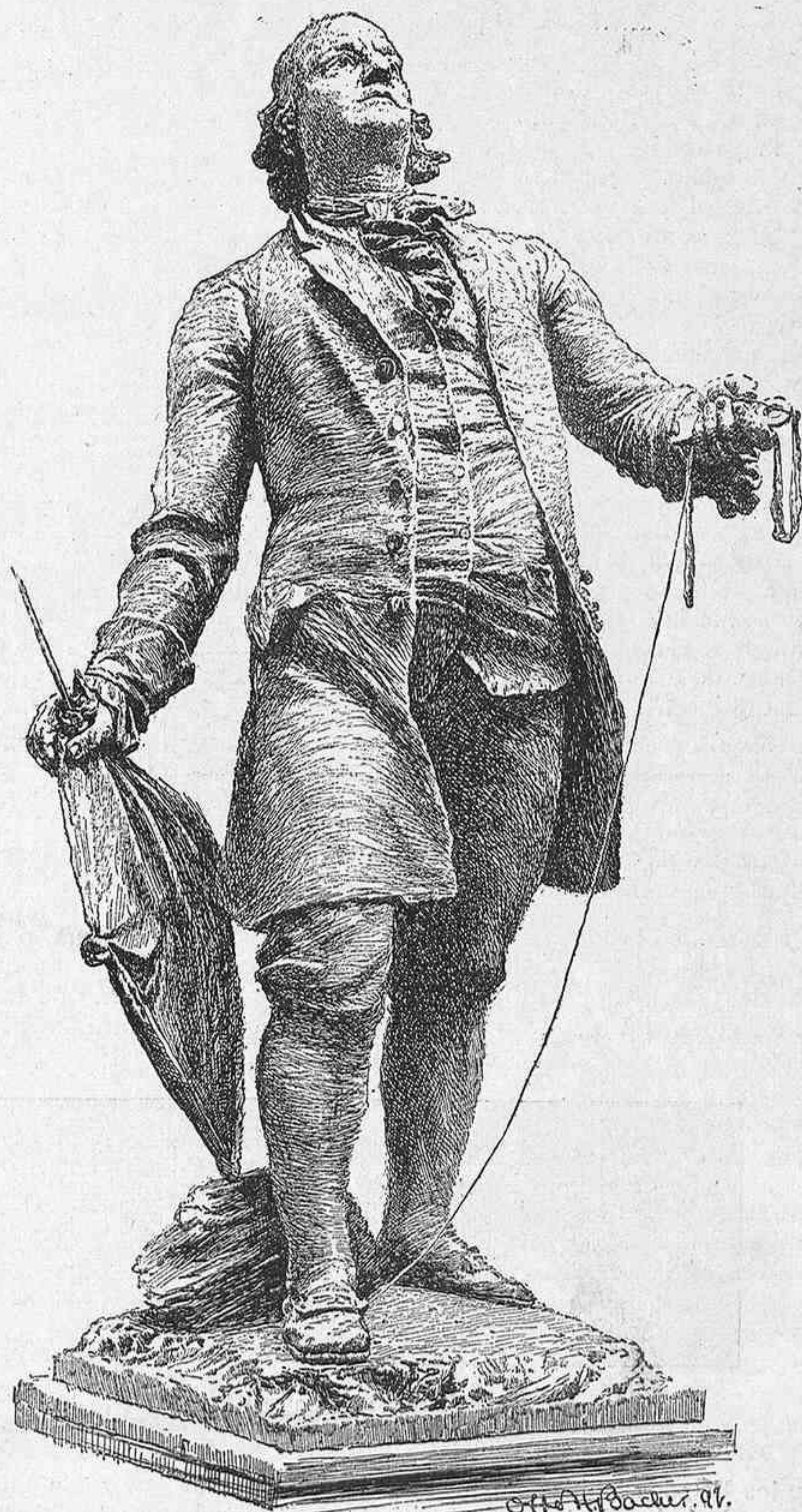
disculpar la voluntad ante la conciencia. Pero no se contentó con revelarse á su amado, se reveló al mundo. La historia no recuerda un suicidio semejante de la honra. Nombre de su esposo, gloria de su familia, amor de sus hijos, los instintos más poderosos del alma, todo fué arrojado á las llamas de la pasión con estrépito, llamando loca furiosamente al mundo para mostrar el crimen, y riéndose de la tonante voz de Dios, que debía resonar en su alma con la siniestra resonancia del remordimiento.

Esto no podía continuar así. Hubiera corrido Byron gravísimos peligros por una mujer amada, pero no por una mujer de quien sólo gustó un instante. Cuando se disgustó de la pasión, se refugió en la moral. Escribió cartas bruscas, recordando muchas veces brutalmente á Carolina sus deberes de esposa y de madre. Encarecía todos los peligros que ambos corrían por sus imprudencias y la necesidad de acabar con aquella situación angustiosa. Carolina, en cambio, se imaginaba señora del corazón de Byron y defendía tal propiedad y señorío con violencia. Celábale, seguía á todas partes. No hay para qué referir ni ponderar las infidelidades de Byron. Cierta noche recibe en su casa á una dama. Apenas había entrado, cuando aparece á la puerta un postillón que rápidamente se metamorfosea en una mujer. Era Carolina. Byron mismo califica este suceso de «Escena del Faublas.» No tenía remedio. Igual empeño en ambos: en él por romper aquella pasión y en ella por conservarla. No había respeto social que Carolina no atropellase para atraerse el amor, la compasión al menos, del hombre fatal á quien había entregado su alma. Sácanla cierta noche á bailar en uno de los más brillantes saraos de Londres. Y tímida, ruborosa, dirígese al poeta para pedirle permiso. Sin duda recordaba los lamentos de Byron cuando se quejaba en sus primeros versos de que profanos brazos entrelazaban en rápido vals la cintura de su María. Pero Byron responde bruscamente que era inútil pedir permiso á quien no tenía ni derecho ni voluntad de ejercer sobre ella ningún dominio. Entonces Carolina se exalta, grita, se retuerce de dolor en presencia de todo el mundo, ni más ni menos que si estuvieran solos. La malignidad general se reía del glorioso poeta perseguido incesantemente por aquella loca pasión. Miles de aventureros se acercaban á la pobre desdeñada, deshonrada, ofreciéndole su amor y una venganza. Carolina dijo á uno de ellos que no le amaba; pero que ofrecía entregarse á él si provocaba á un duelo á lord Byron y lo mataba. En todo esto veía Byron la exaltación de una fantasía desordenada; pero en realidad era la exaltación de un corazón enamorado. Esas locuras eran pruebas de amor, pruebas de celos, pruebas de que su pasión tocaba en delirio. Un día no pudo sufrir más, y decidió volver á casa del poeta, echarse á sus pies, bañarle en lágrimas las manos, pedirle su amor ó pedirle la muerte, menos temible viniendo de sus manos que aquel prolongado martirio. Entró en la habitación, en aquella habitación á la cual se hubiera reducido por toda una eternidad con tal de tener á su lado el ingrato. No había nadie. Carolina se gozó en recorrer todo el salón, y

en registrar todos los muebles con esa tenacidad con que las almas apasionadas se unen á cuantos objetos alimentan su pasión. Reclinóse en los almohadones donde Byron se reclinaba. Sentóse en la silla donde se sentaba Byron. De pronto vió sobre la mesa el libro favorito de su amante. Enternecida por los recuerdos, embriagada por el aroma que se desprendía de aquellas páginas queridas, cogió un lápiz, lo besó, lo humedeció en aquel beso, y luego trazó, dejando caer allí mismo algunas lágrimas, esta súplica de aquel corazón destrozado: «¡Rememberme! ¡Acuérdate de mí!

Byron, que estaba decidido á no conmovérsele, vió en el ruego una amenaza. Cogió febrilmente su pluma, y trazó estas palabras que le envió bajo un sobre: «¡Acordarme de ti! Hasta que el Leteo no se haya sorbido el ardoroso torrente de tu vida, el remordimiento y la vergüenza resonarán en tus oídos, y te perseguirán como un delirio en la fiebre. ¡Acordarme de ti! Sí, no lo dudes; me acordaré. Y también se acordará tu marido. Ni uno ni otro te olvidaremos. Para él fuiste una adúltera y para mí fuiste un demonio.» Caso cruel éste. Carolina sintió la herida y juró vengarse. El amor se convirtió en odio. No pudo esgrimir un puñal, y esgrimió una pluma. Llenó de veneno su tintero, y lo volcó sobre el nombre de Byron. Reveló al universo su propia vergüenza. Enseñó á la sociedad su seno adúltero, como Agripina su vientre desnudo cuando fueron á matarla despiadadamente los esbirros de su hijo. En seguida la sociedad entera huyó de su lado por no envenenarse con aquella peste moral que despedía su alma. *Glenarvon* se llamaba el libro de su venganza, y en él describía á Byron como el genio del mal, con la seducción y con la perversidad de la serpiente que perdió la primera mujer. Olvidaba que en aquel caso Byron no había sido seductor, sino seducido. Fué adúltera Carolina, pero pagó caro su adulterio. Envejecida en la juventud; desgraciada en el seno de un hogar espléndido; maldecida de la sociedad donde tanto había brillado; enterrada viva con un marido que era su juez y unos hijos que eran su castigo; miserable en su riqueza estéril; infamada por sus propias obras literarias, con cuyo feliz éxito se divulgaba más y más su deshonra y su vergüenza; llorosa siempre y siempre delirante, pero sin alcanzar la compasión; por vida la fiebre, por consuelo el recuerdo de una felicidad

pasada, que era su torcedor presente; por todo porvenir el desprecio del mundo y el torcedor de la conciencia; por toda esperanza el triste olvido y la muerte: una enfermedad moral, seguida de una enfermedad física, la postró pronto en el perdurable desmayo de un abatimiento que debía prolongarse hasta el sepulcro. Un día, el poeta, á quien aquella mujer había descrito



CHICAGO. - Estatua de B. Franklin en el Palacio de Electricidad





Estatua de un guardaaguas en el Palacio de Transportes  
(Se describirá en el próximo número)

como un malvado, murió en Grecia como un héroe. Su última voluntad pidió el depósito de sus cenizas en la patria ingrata que no había querido honrarse con su genio. Carolina salió casualmente á tomar un rayo de sol á la verja de su quinta. Aquel rayo de sol buscaba al través de las nieblas el ataúd del genio, amante de la luz. En aquel mismo minuto pasaban por el camino, por la puerta del castillo, ante la verja donde Carolina estaba, pasaban hacia la tierra eterna, hacia el descanso eterno, los huesos de Byron, aquellos huesos que cuando irradiaban la vida abrasaron en deseos impuros el seno de la solitaria castellana. Un féretro los encerraba; un paño fúnebre los cubría; un perro acompañaba el féretro, dando lastimeros aullidos. Carolina lanzó un grito desgarrador, y cayó al suelo. Su familia la alzó para llevarla consigo á su cama. No volvió jamás á levantarse. De aquella cama pasó á la tumba. El casamiento de Byron fué la mayor de sus desgracias. Pero no continuemos. Hablaré otro día sobre tal asunto. Heme demasiado extendido ahora. Con Dios. Hasta la próxima quincena.

Madrid, 30 de junio de 1893

### LOS EDIFICIOS DE LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO

#### III

Siguiendo el orden que nos hemos trazado para la descripción de estos edificios, toca ahora ocuparnos del palacio destinado á la exposición de cuanto se relaciona con la industria minera, tan importante

El palacio de Minas y de Minería está situado muy cerca y al Oeste del de Electricidad, paralelamente á él y viene á tener próximamente las mismas dimensiones. El arquitecto Beman, de Chicago, á quien se confió su construcción, ha adoptado para su traza un estilo que participa algo del Renacimiento francés, en el que predomina un espíritu práctico, pero sin caprichos y sin sacrificar ninguna cualidad esencial del arte.

Las dimensiones de este palacio son 700 pies en su mayor longitud y 350 en su anchura máxima. El plano general de este edificio, cuyo interior debería estar ocupado por grandes masas de minerales debidamente clasificados y por máquinas y artefactos de todo género de los que se usan en la explotación de las minas, y requería gran espacio y bastante altura, ha sido trazado por el arquitecto con notable inteligencia y prescindiendo en lo posible de columnas que entorpecieran más ó menos las instalaciones, aunque, como fácilmente se comprenderá, ha apelado á ellas para sostener la techumbre y las galerías laterales, las cuales tienen 60 pies de anchura y están alumbradas con grandes claraboyas. A estas galerías se sube por espaciosa escaleras.

El hierro ha sido el principal material que ha entrado en la construcción de este palacio, sobre todo en su parte interior, habiéndose invertido en junto más de 700.000 kilogramos de él.

Una de las dificultades con que tropezaba M. Beman era la de aplicar á este edificio una arquitectura que, sin dejar de ser más ó menos adecuada á las demás construcciones que lo rodean, pues ya hemos dicho que todos los arquitectos que han tomado parte en esta exposición han procurado armonizar las líneas generales de sus respectivas obras, se adaptase al destino que se había de dar al palacio de que tratamos.

M. Beman ha salido airoso de este difícil empeño, y haciendo que su obra guardara relación, tanto en su distribución interior cuanto en el aspecto exterior, con los productos, toscos y rudos, por decirlo así, que debían exhibirse en aquella, ha levantado un edificio, sólido, robusto y macizo, que para cuantos no tienen en cuenta la idea que ha inspirado su traza puede parecer un tanto desprovisto de elegancia y de belleza.

La estructura interior con su elevada techumbre está naturalmente en conexión con las fachadas, en las que campean gruesos estribos ó pilastras, que parecen construídas de recia mampostería.

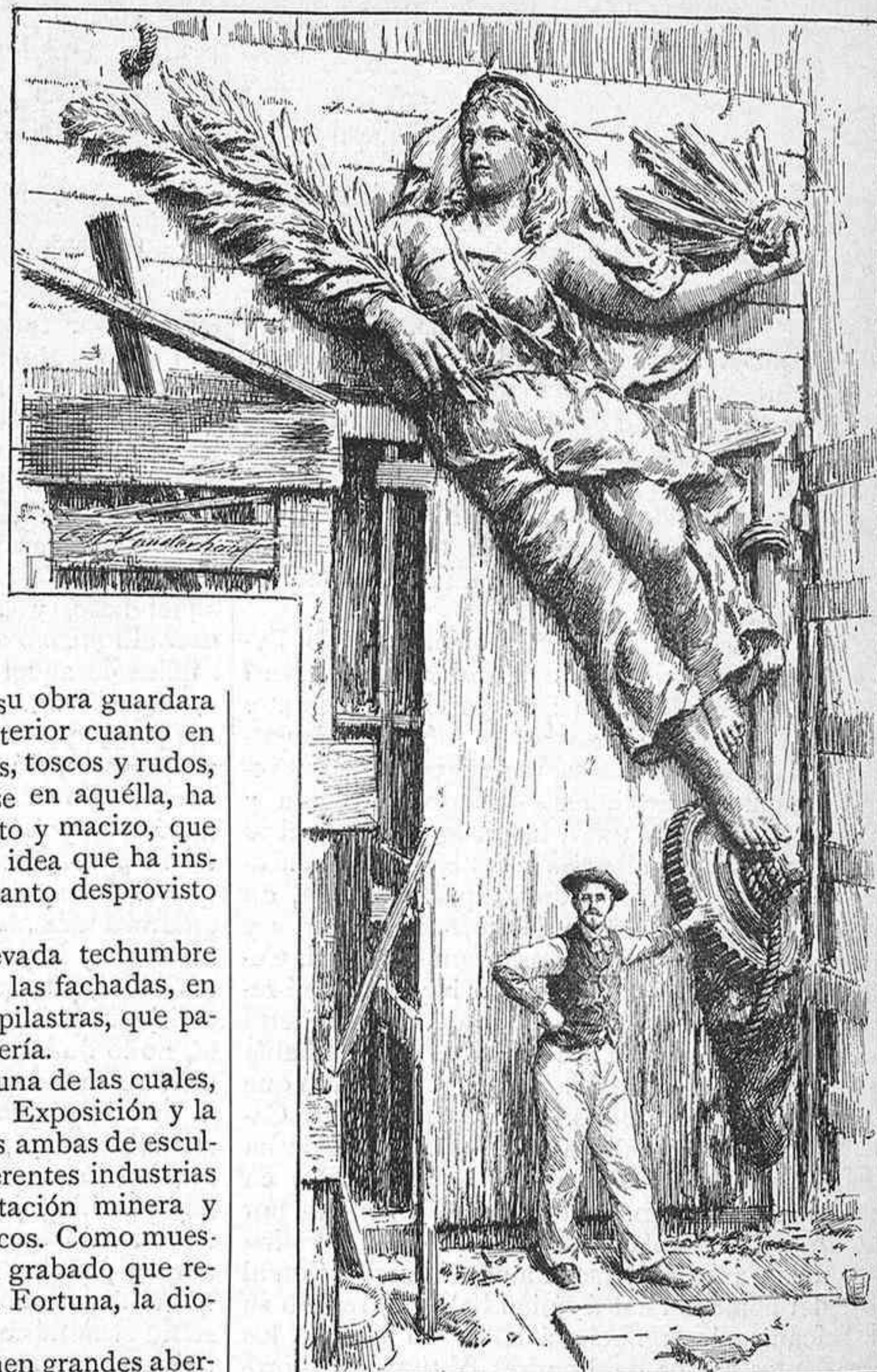
El edificio tiene cuatro fachadas, una de las cuales, la del Sur, da á la gran plaza de la Exposición y la opuesta al lago Michigan, adornadas ambas de esculturas y atributos relativos á las diferentes industrias que tienen conexión con la explotación minera y otros puramente artísticos ó simbólicos. Como muestra de estas esculturas, incluimos un grabado que representa la estatua de la diosa de la Fortuna, la diosa de los mineros.

Tanto una como otra fachada tienen grandes aberturas ó divisiones, de las cuales la central y las de los extremos están construídas en forma de pabellones, la primera de 80 pies de anchura, cual corresponde á la entrada principal del edificio, y las segundas de 60 pies, dimensión correspondiente á las galerías que van á parar á ellos. El espacio que media entre cada abertura, ó mejor dicho la separación entre una y otra la constituyen, como dejamos dicho, robustas pilastras de mampostería que sirven de pedestal á un cornisamento, al parecer demasiado severo en com-

La más amplia escala de los frentes septentrional y meridional y su carácter más monumental han sugerido al arquitecto la idea de ocupar cada uno de los siete espacios ó divisiones susodichas con un gran arco; estando los de los pabellones angulares cerrados con vidrieras, y los intermedios abiertos con dos galerías; la central, que constituye la entrada, tiene naturalmente un elevado pórtico sobre el cual corre un historiado cornisamento que sustenta un frontispicio en el que descuellan algunas de las esculturas mencionadas.

Este pórtico, aunque elegantemente decorado, no interrumpe la armonía con el resto del edificio; sus proporciones son adecuadas al conjunto de la fachada, echándose de ver que M. Beman ha sacrificado á este conjunto la esbeltez que sin duda se propuso dar en un principio á la entrada principal del palacio. No la coronan estatuas, como en las de otros palacios, sino simplemente dos banderas á uno y otro lado que ondean sobre bonitos zócalos.

Los pabellones de los extremos terminan en bajas cúpulas que rematan á su vez en linternas circulares.



Estatua de la diosa de la Fortuna

A fin de obtener la correspondencia necesaria entre las masas monumentales que forman los extremos del edificio y la parte longitudinal inferior de los otros lienzos con sus nueve aberturas en los lados oriental y occidental del mismo edificio, el arquitecto ha creído necesario establecer en la abertura central de cada uno de estos lados una distribución proporcionada, repitiendo la traza de los pabellones angulares con su alto cornisamento y coronándolos con un frontispicio, pero tratando el arco central como una entrada secundaria.

El arquitecto Beman no se ha atenido á observar en el conjunto de este palacio el estilo clásico con toda precisión, y á decir verdad, en el desarrollo de las fachadas ha aplicado necesariamente un carácter moderno. Con todo, obsérvase en ellas la influencia del ejemplo de los grandes cornisamentos de modillones de los palacios italianos del siglo XVI, así como una porción de detalles de la mejor época de la arquitectura italiana, mezclados con los más elegantes caprichos del moderno Renacimiento francés, y hasta en el modo de tratar las balaustradas y repisas de sus loggia y en el orden dórico que las sostienen se notan ciertas reminiscencias de la ornamentación de la Roma de los Césares. — M. A.

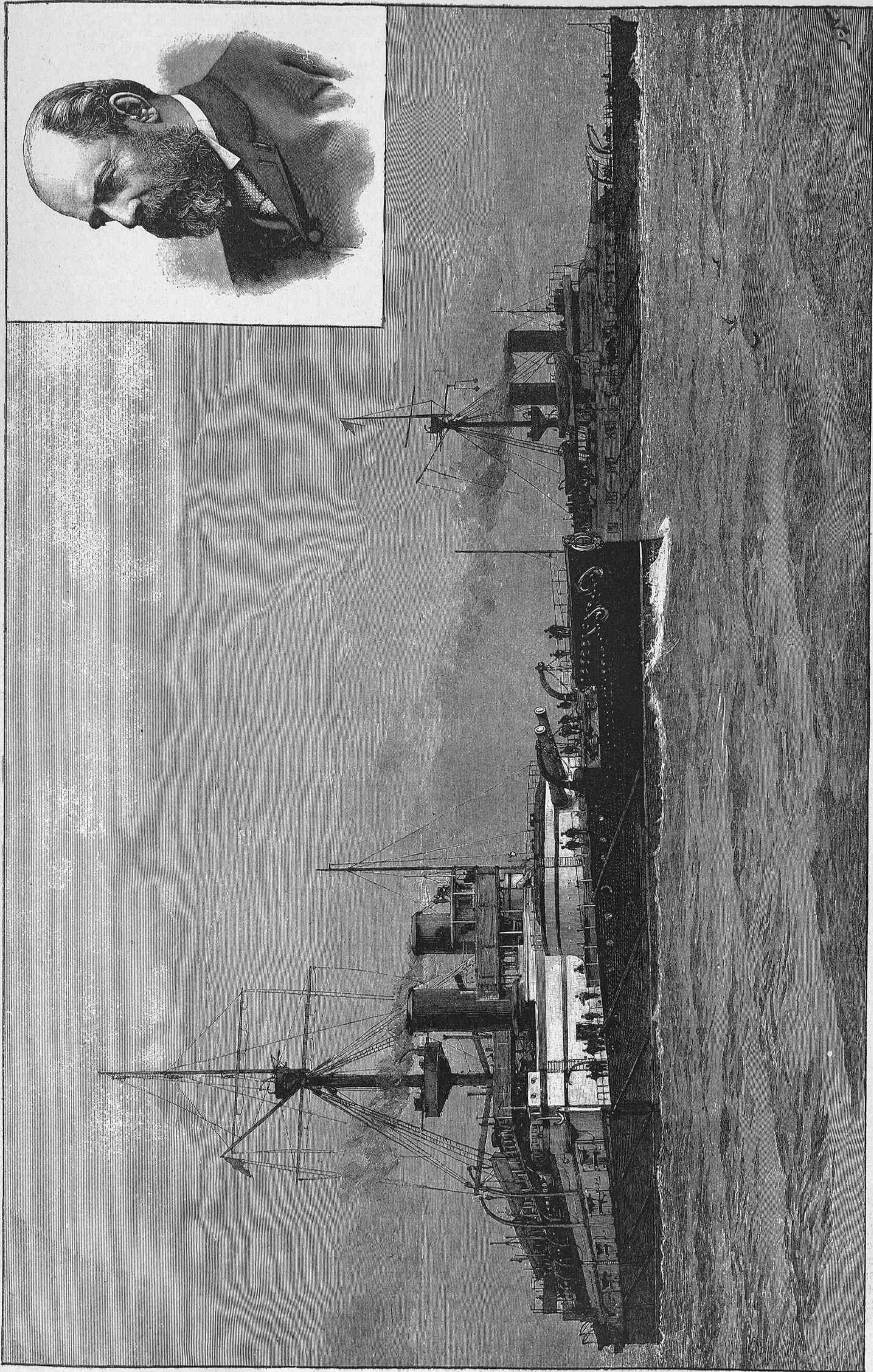


Frontón central del Palacio de Agricultura

en los Estados Unidos, en muchas de cuyas comarcas es la industria por excelencia. Por esto se le ha concedido una parte tan principal en aquel certamen.

paración con los de otros edificios del grupo y el cual sustenta zócalos en los que hay empotradas elegantes astas-banderas.





**EL DESASTRE DEL «VICTORIA»**

El acorazado *Victoria*. - El acorazado *Camperdown*. - Retrato del vicealmirante Jorge Tryon, comandante de la escuadra del Mediterráneo, que murió á bordo del *Victoria*



## RECUERDOS DEL CENTENARIO ROJO

LUIS XVII

V. - LA OBRA SIN NOMBRE

Hay en la historia iniquidades á las cuales sólo se puede aplicar la profunda frase de las brujas de Macbeth: *deed without name*, obra sin nombre, por honra de nuestra especie, en el lenguaje humano. Simón,



El delfin Luis Carlos Capeto

el *preceptor* de Luis XVII, que tenía ya recibida la consigna que sabemos, iba á recibir otra de mayor alcance y sentido... Respecto á esta consigna, los cronistas, careciendo de datos positivos, proceden por sutiles deducciones, como el juez que, sin prueba testifical, llega á adquirir, coordinando indicios, una convicción moral robustísima. Sábese que el 21 de septiembre - días antes de iniciarse el proceso de la reina, - dirigióse al Temple el siniestro Hebert, y encerróse con Simón en el aposento más retirado de la torre. La conferencia duró largo rato. Generalmente las visitas de los diputados y de los individuos del Consejo municipal se traducían en alguna modificación del régimen interior del Temple, algún aumento de precauciones, algún nuevo vejamen á los prisioneros: esta vez no fué así: nada se cambió, ni se pudo inferir qué objeto llevaba la visita. De los muros espesos y sombríos, de la cerrada estancia donde platicaron Hebert y Simón, sólo transpiraron dos palabras vulgarísimas, pero que dados los acontecimientos pueden encerrar tremendo sentido. «Hasta pronto,» había dicho Hebert, en tono significativo, al separarse de Simón.

¿Qué órdenes fueron las de Hebert al zapatero marata?

No podían ser las de maltratar con ferocidad sañuda al prisionero, porque ese sistema ya venía practicándolo Simón celosamente, sin que hiciese falta excitarle á cumplir su oficio de atormentador.

Había vestido á su alumno la librea del Terror: la carmañola roja y el gorro frigio. El rey niño hizo al gorro decidida resistencia. Fué la única humillación que no quiso aceptar. Golpeado, amenazado de muerte, no se encasquetó el sangriento gorro. «Déjale, Simón, exclamó la esposa del zapatero. Ya se vencerá.» Era muy cierto que había de vencerse, y la arpía encontró el medio: rapó á punta de tijera los admirables bucles rubios, aquella corona natural que parecía aureola mística de la ungida cabeza, aquel nimbo de seda y oro, delicia de una madre; y como sus antecesores los reyes merovingios, hizo en Luis Capeto la afrenta de la decalcación lo que no hicieron los golpes: la vergüenza le puso el gorro frigio. «¡Hola, Capeto, eres jacobino ya!» gritó el ayo.

Diariamente aprendía Luis Carlos, entre puntapiés y risotadas, las innobles coplas del arroyo y las fúnebres chanzonetas del patíbulo. Para mejor desorganizar su inteligencia y anularle, dejábanle sin alimento largas horas, y cuando ya el hambre le espoleaba con su impulso ciego, le presentaban comida abundante y vino y aguardiente en vez de agua. Estimulado por la sed, iba acostumbrándose á la bebida, y tan dañoso régimen había detenido el crecimiento de su

cuerpo y duplicado la grasa de sus tejidos, con mala sana y antinatural obesidad. Tal vez en el vaso de vinazo, que al pronto repugnara á sus delicados sentidos, encontró algún día el olvido de las penas y el sueño de las maternales caricias..., y por eso admitió aquel degradante consuelo, como admitiría más gustoso el de morir. La zapatera utilizaba al reyecito haciéndole fregar, barrer, servir á la mesa, limpiarla el calzado y traerla el calentador; y en los viles menesteres á que se le dedicaba, poco á poco desaparecían la espontaneidad y la gracia de la gentil criatura, dejando en su lugar el aplanamiento del mísero idiota.

Su madre, entretanto, depuesta toda altivez, vencida por sentimientos que suprimen el orgullo, pedía de rodillas que la permitiesen ver á su niño un instante, sólo un instante, aunque no le pudiese abrazar. Convencida de que nunca se lo otorgarían, acudió á una estratagema. Con paciencia de reclusa, aguzando mucho la vista y el ingenio, advirtió que la era posible ver cruzar al niño por la escalera del guardarropa. «El único goce de mi madre, dice Madama Royale, era ver pasar á mi hermano por una rendija.» El paso del niño era una chispa solamente, pero chispa que bastaba para calentar é iluminar el corazón de la madre. Muchos días no obtenía ni ese fugitivo bien: entonces la prisión era más dura, más negro el porvenir.

El martes 30 de julio se contó en el número de los días en que María Antonieta pudo ver á su hijo. ¡Nunca le viera! Al través de la rendija ensanchada por ávida mano, distinguió claramente á Luis. Llevaba el gorro frigio y la carmañola, y Simón le seguía

Simón quiso obligar á su alumno á que gritase ¡Viva la República!; pero ni puñadas ni amenazas de muerte bastaron á lograrlo. «Haga usted lo que quiera, dijo el niño, ¡yo no doy ese viva!» Y tal fué su aspecto y tal su mirada al expresarse así, que Simón, subyugado, retrocedió exclamando: «Informaré al gobierno de *vuestra* conducta.» Era la primera vez que no tuteaba al *lobezno*.

Pocos días después Simón presentó al niño una canción obscena contra su madre y le mandó cantarla. «¡Nunca!» exclamó el inocente, que sin comprender la torpeza sintió claramente el ultraje. Simón, furioso, le arrojó á la cabeza un morrillo de la chimenea; si el golpe da dos líneas más arriba, parte la sien de Luis. ¡Cuántos dolores le ahorraría!

Seguro de que nada conseguiría por la violencia, pues el niño había resuelto dejarse matar, Simón adoptó el método que sabemos: embrutecer á la criatura con vino, hambre y comida. Cuando nublaron su razón los vapores del alcohol, no fué difícil lograr que cantase todo lo que se le antojaba á su carcelero. Ya salían de los labios lívidos la *Carmañola* y *Madama Veto*, las coplas callejeras húmedas de sangriento fango. Y no obstante, es tan difícil asfixiar un alma, es tal la persistencia del carácter individual, que habiéndose sabido entonces en París las victorias del ejército realista en la Vendea, y preguntándole Simón á su discípulo qué haría si los vendeanos le libertasen, aún contestó regamente: «¡Te perdonaría!»

Era urgente, sin embargo, acabar de pisotear el tallo de la suave flor. El acusador público, Fouquier

*Cher enfant de signer le petit Capet avec que Mere & un peu  
la tante de que la tante et de celle qui excusent Mère & les autres*

ARCHIVES  
SECT. des  
110 VARS

Luis CHARLES Capet  
Simón approve en present de la racion  
autemple

Facsimile de la firma de Luis XVII y de la del zapatero Simón, puestas al pie de la declaración que este último le obligó á escribir contra su madre. (Consérvase en el archivo nacional de París.)

acosándole con dicerios, patadas y blasfemias. Ignoraba hasta entonces la madre en qué manos había caído Luis; temía, pero también esperaba. Aquella vista dió en tierra por segunda vez con la constancia y la fortaleza de un ánimo varonil. «¡Las lágrimas de mi hijo me han goteado sobre el corazón!» exclamó dejándose caer sobre su camastro de prisionera. «¡Dios se ha retirado de mí: no puedo ni rezar!» añadió repitiendo sin pensarlo una gran frase trágica de Shakespeare. «¡Dios mío!, secretéó por la noche Madama Royale á su tía Isabel: ¡qué triste, pero qué triste ha estado hoy mamá todo el día!» Pocos después - el 2 de agosto - venían á sacar á la reina del Temple, á separarla de lo único que la restaba - su hermana y su hija - y trasladarla á la Conserjería, de donde sólo había de salir para el cadalso. Al cruzar la poterna del Temple, la frente de María Antonieta, poco avezada á inclinarse, chocó con la piedra. La preguntaron si se había hecho mal. «Ya no hay cosa que pueda hacerme mal,» respondió la madre que había visto á su hijo temblando y aleteando entre las garras de Simón.

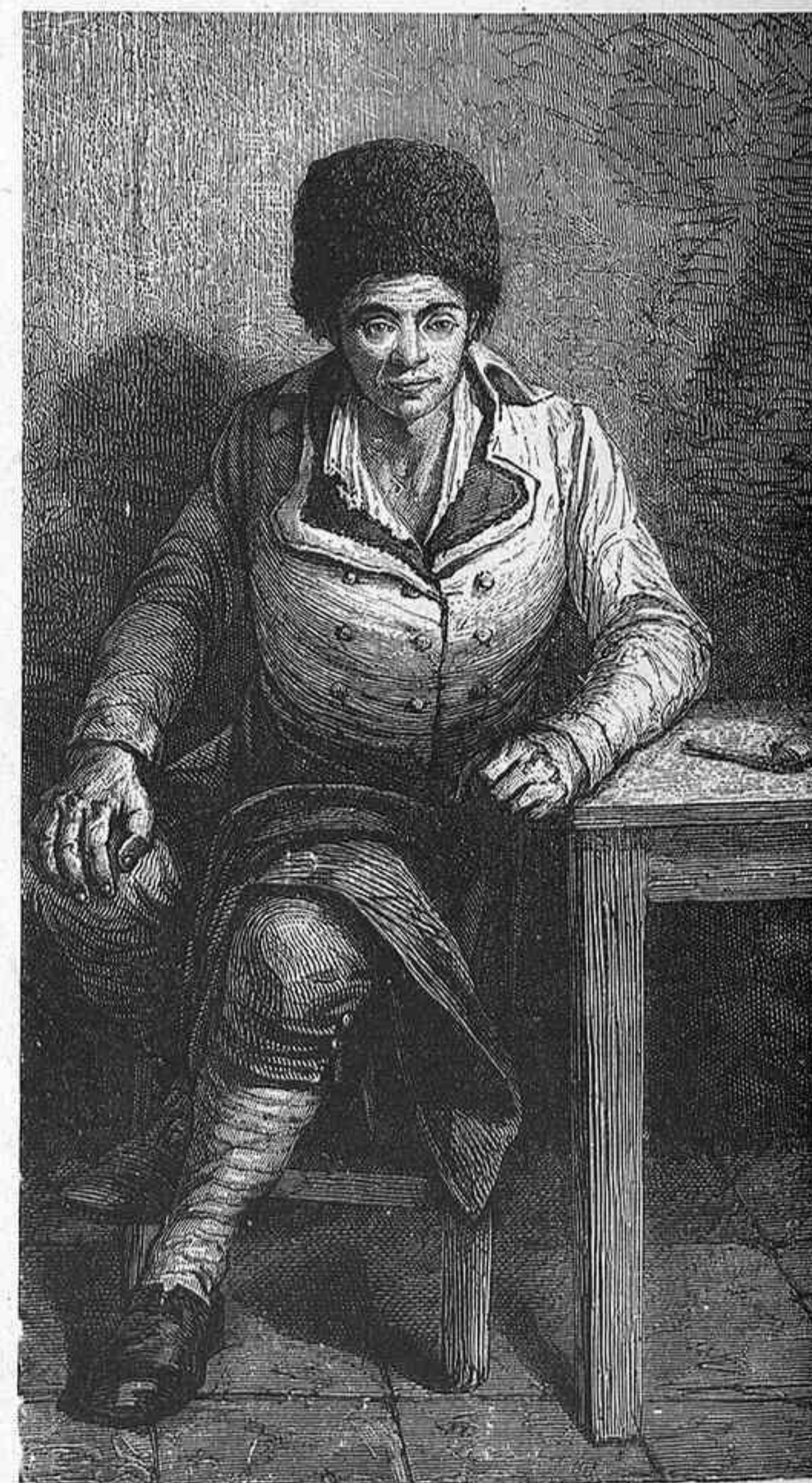
Repito que ciertos pormenores de este drama no se creerían si no constasen en documentos. El mismo día que sacaron á la madre del Temple, Chaumette envía juguetes al rey niño. ¡Extraña blandura y mimo extraño, si no supiésemos que entre tales juguetes figuraba una guillotina para descabezar pajarillos! Un municipal de guardia en el Temple mostró pertenecer á la humanidad, quemando el horrible juguete antes que llegase á manos de Luis.

Al resolver el fin de María Antonieta, la revolución, que aún guardaba ciertas formas, quería fundar en algo el holocausto de la reina: en algo que la infamase de raíz, haciendo su memoria perpetuamente execrable. A tal propósito respondían las instrucciones reservadísimas de Hebert á Simón. La obra sin nombre era conseguir que la mancha eterna de María Antonieta se la arrojase á la faz el hijo más idólatra, el niño más prendado de su madre, la más respetuosa y tierna criatura, Luis XVII.

La empresa no era fácil ciertamente. Leyendo sus hechos y dichos, asombra el carácter y el heroísmo que reveló el niño de ocho años para defender su corazón y su dignidad filial.

Con motivo de la fiesta cívica del 10 de agosto,

Tinville, se quejaba á la Convención de no hallar cargos que formular para la acusación de la reina. Una diputación del Consejo general se traslada al



El zapatero Simón, guardián del delfin





María Antonieta ante el tribunal revolucionario que la condenó a la guillotina

de palabras que salen sin ton ni son; hablaba poco, pero lo que hablaba hacía con recto juicio y claro ingenio. Había en su acento un tinte de melancolía que cautivaba; de cuando en cuando, un fuerte suspiro brotado de lo más hondo de su corazón hacía que su semblante se ensombreciera un momento; entonces no parecía sino que por sus profundos y negros ojos desfilaba un cortejo de penitas y amarguras. Bastián no era feliz del todo ni mucho menos.

¡Bien lo sabía la ingrata Mercedes, aquella á quien tanto amaba!

Era esta una muchacha de hasta diez y nueve años de edad, morena, de rasgados ojos, negros como el abismo; de rosadas mejillas, de sedosa y negra cabellera, de cintura breve y flexible, alto seno, cuerpo escultural y menudo pie. Cuando pasaba arrogante y llena de majestad, derramando sal y cautivando corazones con su porte de diosa por delante de la fragua de Bastián, éste sentía de súbito que oleadas de fuego subían á su rostro, que sus ojos se nublaban... y daba más fuertes martillazos al enrojecido hierro, hacía saltar innumerables chispas doradas y rojas, y cantaba, cantaba para distraer sus penas:

¡Qué torpe y qué ciega  
es esa justicia,  
que no ve que tus ojos traidores  
así me asesinan!

\*  
\* \*

— ¿Sabes lo que se mienta por el pueblo, Bastián? ¿A que no?

— Qué es ello?, preguntó el herrero sin alzar la vista del bruñido yunque.

— Que Mercedes se casa.

Temple: Simón, avisado de antemano, había tenido á su esclavo treinta y seis horas sin probar alimento ni beber; la mañana del día señalado, en cambio, le hartó de manjares regados con aguardiente. El niño, ebrio y casi inerte, es interrogado: se le hace responder á gusto de la comisión; su mano trémula firma la declaración infame en que se acusa á la madre de abominaciones que la pluma no puede estampar..., y la infeliz criatura recae sobre su jergón, donde inconsciente y aletargado duerme el plúmbeo sueño de la embriaguez.

Cuando el espantoso documento fué leído en presencia de su madre y ante el tribunal revolucionario, preguntaron á María Antonieta si tenía algo que alegar para vindicarse. Ella alzó la cabeza, y majestuosamente, sin cólera, miró al acusador, á los jueces y después convirtió la mirada al público que asistía á los debates. «¿Hay aquí alguna madre?, preguntó en voz fuerte y clara. ¡Pues á ella apelo!» Brotó en la sala un murmullo de indignación y piedad; y Robespierre, apenas supo este incidente sublime y horrendo, rompió con el tenedor el plato — es de advertir que estaba almorzando — y gritó: «¡Imbécil de Hebert! ¡Ha hecho de una Mesalina una Agripina, y le ha dado á la austriaca, en su última hora, todo el prestigio de la compasión!»

Condenada á la guillotina, en la madrugada del mismo día en que subió la fatal escalera, María Antonieta escribió extensa carta de despedida á su cuñada Madama Isabel. En ella se lee el siguiente párrafo: «Tengo que hablarte de una cosa que me oprime el corazón: me refiero al niño, que sin duda te ha causado un disgusto terrible. Perdónale, hermana mía del alma. Acuérdate de que es muy pequeñito, y es bien fácil hacer que un niño diga todo lo que se le quiera hacer decir, y más si no lo comprende. Día vendrá en que se haga cargo...»

Aquella misma mañana, en el Temple, Simón y su mujer habían hecho una apuesta. La zapatera no creía que fuesen capaces de guillotinar á la reina de Francia; el zapatero estaba seguro de que sí la guillotinarían, por ser cosa resuelta de antemano y sangría indispensable á la salud de la nación. Sostuvo cada cual su parecer y apostaron unos cuartillos de aguardiente. Pocas horas después, segada ya la cabeza de la reina, Simón dijo á su mujer: «Perdiste la apuesta: tienes que pagarla.» Oyólo el niño, y con sencilla curiosidad preguntó qué apuesta era aquella ganada por Simón. «No te importa, gruñó el ayo; pero estáte calladito y obedece, que te tocará tu parte de lo que se apostó.» Y así fué. Trájose el aguardiente; sentáronse los carceleros á la mesa; encendió

su pipa Simón, y escanciando al niño una copa le hizo beber y brindar por las ganancias. El niño, sin sospecharlo, brindaba por la degollación de su madre.

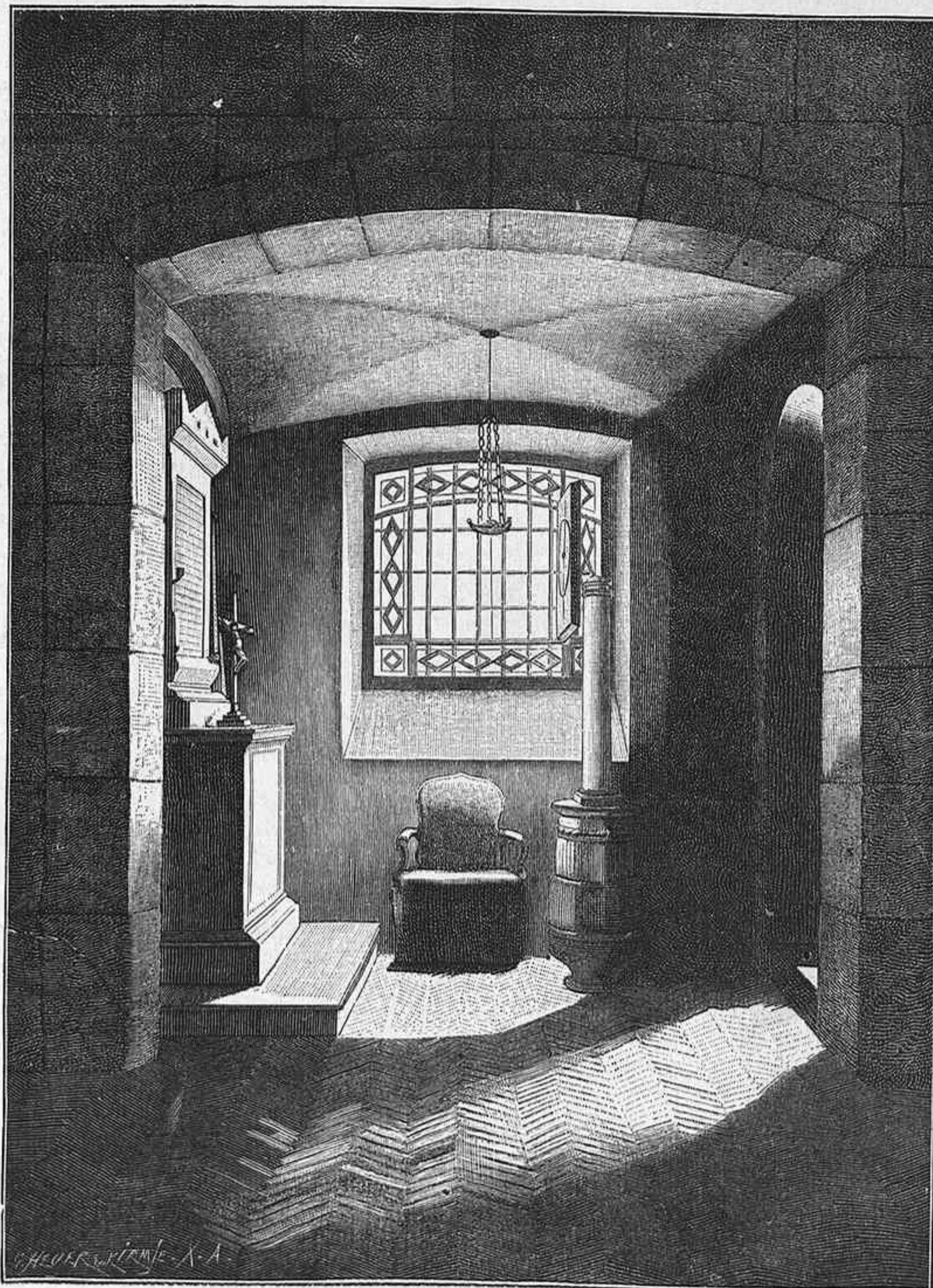
Paréceme que no exageraré al titular este episodio de la vida de Luis XVII obra sin nombre, de esas que estremecen de horror á los siglos venideros.

EMILIA PARDO BAZÁN

### LA CRUZ DE HIERRO

Dando fuertes martillazos sobre un hierro hecho ascua y sujeto por negra tenaza, pasábase Bastián el santo día en un rincón de la herrería y no lejos de la fragua, atento á mirar las innumerables estrellas de fuego que al golpe del martillo brotaban del pedazo de enrojecido hierro que sobre el yunque se apoyaba.

Era Bastián uno de los más arrogantes mancebos que vió nacer jamás el cielo de Córdoba transparente y purísimo; alto, moreno, de fuerte musculatura, de grandes y brillantes ojazos negros, de negrísima y naturalmente rizada cabellera, labios carnosos, espaciosa frente, anchas patillas y aguileña nariz. En el conjunto de su persona toda había un no sé qué de majestuoso y de grande que atraía; su conversación era agradable; no era su boca manantial inagotable



Encierro de la reina María Antonieta en la Conserjería, de donde salió para el cadalso





FLORES DE INVIERNO, dibujo original de Francisco Maura



OBRAS MAESTRAS DEL ARTE CONTEMPORÁNEO



LA CARRERA A PIE, bajo relieve de Mariano Benlliure  
Parte de friso destinado á decorar un gabinete del opulento capitalista americano Marquard



— ¿Con Benito?

— Con Benito.

— Siempre me lo había figurao. Él la quiere y ella le ama. ¡Pues na, que Dios los haga muy dichosos, que ella se lo merece y él!..

Y Bastián quedó inmóvil, con la tenaza y el hierro sobre el yunque, así como el martillo, en cuyo mango apoyó su brazo, permaneciendo el herrero larguísimo espacio de tiempo como abismado en negros y dolorosos pensamientos.

Después se puso á trabajar con nuevo y más grande afán, con más ahinco de cada vez, cantando, cantando siempre aquella copla, fiel trasunto de sus pensamientos.

\* \* \*

Y llegó el día señalado para la boda de Mercedes. Todo en casa de ésta era alegría, bulla, animación, algazara, bromas y bailoteo. Aquí, un vejete más alegrillo que de costumbre, suelta un pellizco por lo bajo á alguna graciosa mozueta que le dirige una mirada capaz de incendiar el hielo y de pulverizar las piedras; más allá, en un corro, unos cuantos jóvenes, vaso en mano, cantan que se las pelan alzando infernal jolgorio; allí, un estudiante recién salido de las aulas universitarias arenga al pueblo-rey, ensalzando las excelencias del estado matrimonial y declarando guerra á muerte á célibes y solterones, mientras con el rabillo del ojo hace maliciosos guiños á una morena que le escucha embelesada; en una silla sentado, puestos los pies en los palitroques y encorvado el cuerpo, un airoso mancebo rasguea en las cuerdas de la guitarra hasta casi petrificarse las yemas de los dedos, mientras canta una coplilla que á los novios sábeles á gloria; éstos bailan envueltos en el torbellino de los danzantes, que no desperdician la ocasión de estrechar una cintura breve y sentir en sus mejillas el calor de otro aliento, y en sus ojos las miradas abrasadoras de otros ojos que los fascinan y marean.

El padre de Mercedes charla con unos convidados, viejos y lealísimos amigos; y la madre, entretanto, en un corro de vecinas, escucha con cierta delicia y saborea con refinada fruición los felices augurios de las comadres. Su hija será feliz, ¡pero sin ella, sin su madre!

A este solo pensamiento, los ojos se le nublan y llora... porque su hija, porque su Mercedes va á ser dichosa en brazos del hombre amado...

\* \* \*

Terminó el bullicio, la jarana y la alegría.

Retiráronse los novios á la alcoba nupcial, hecha una taza de plata según lo blanquísima y pulcra. Medio lelo el novio, contempla con amorosos ojos á su Mercedes mientras ésta siente subir á su rostro todo el fuego que arde en su pecho...

De pronto Benito fija su mirada en la cabecera del lecho, donde se destaca una negra cruz de hierro, admirablemente rematada, obra de tan fina labor que no hay ya más que pedir en justicia.

— ¡Buena cruz!, dice Benito rompiendo el silencio.

— Es regalo de Bastián, dice la novia sin atreverse á alzar los ojos del suelo.

— ¿Sabes que me llamó la atención no verle esta noche?

— Habrá tenido que hacer.

— En estas ocasiones no hay que hacer. Pues mira, el regalillo no es malo en verdad. Cuando le vea, ¡no va á ser apretón de manos el que le voy á dar!

\* \* \*

Pero cuando lo vió fué á la noche siguiente, yendo camino de casa de Mercedes el bienaventurado Benito.

Verle y querer abrazarle fué todo obra de un momento, pero le impuso el fosco semblante del herrero. Sólo se atrevió á decirle:

— Gracias por el regalo, Bastián.

Este, por toda respuesta, sacó de su bolsillo una

enorme navaja que brilló un momento como sierpe de plata en medio de la densa obscuridad de la noche; lanzó Benito un gemido agudo y penetrante, y poco después Bastián cerraba la navaja bañada en sangre y se alejaba indiferente, como si nada hubiera hecho, diciendo:

— Debí hacer lo mismo con ella y antes de la boda..., pero nunca es tarde para la venganza. ¿Qué me importa ya todo cuanto hay sobre la tierra si ella no ha de ser mía?

Aquella misma noche, el cuerpo inerte de Benito

noza alguna debilidad, y esta que acabamos de indicar ha sido la de Vico.

Poco más de treinta años hace que ofreció á este mismo público de Barcelona las aún vacilantes primicias de su arte; hoy, al cabo de tanto tiempo y en el momento de emprender su viaje á Buenos Aires, se despide de él dejándole el grato recuerdo de su genio artístico á la vez que el sentimiento de una separación indefinida. En justa reciprocidad, los barceloneses le despiden con frases de cariño y atronadores aplausos que repercutirán sin duda en todos los países de la América española.

Nobleza, escultura de Eusebio Arnau (Salón

Parés). — No trató Eusebio Arnau á modelar el notabilísimo busto que reproducimos de representar plásticamente la genuina personificación de la nobleza de la sangre. Otra aspiración fué la del artista, tan elevada cual el arte que con tanto aprovechamiento cultiva. La nobleza del espíritu inspiró al joven escultor, y preciso es confesar que su última producción, cual todas las que ejecuta el artista inspirado por cuanto lo eleva y engrandece, es verdaderamente genial. Modelada con tanta gallardía como facilidad, bastaría la obra de Arnau para acreditarle de distinguido escultor, si otras de no menores alientos no le hubieran dado ya á conocer como uno de los más discretos escultores catalanes.

El desastre del «Victoria».— El vicealmirante Jorge Tryon.

— Conocida por todos es en estos momentos la horrosa catástrofe que el día 22 de junio último ocurrió en aguas del Mediterráneo mientras la escuadra inglesa maniobraba delante de Trípoli: una falsa maniobra del buque almirante Victoria hizo chocar con el *Camperdown*, sufriendo en el choque tal avería que á los pocos minutos hundióse en el mar, arrastrando consigo poco menos de 400 hombres. El *Victoria* fué construido en Newcastle y lanzado al agua en 1890: su desplazamiento era de 10.470 toneladas y su maquinaria desarrollaba una fuerza de 14.000 caballos, siendo su velocidad máxima de 27 millas y cuarto por hora: tenía 340 pies de eslora y 70 de manga. El grueso de su coraza variaba entre 16 y 18 pulgadas: iba artillado con dos cañones de retrocarga de 111 toneladas, uno de 29 y una porción de otras piezas de menor calibre, y su coste total, incluidas maquinaria y artillería, se estimaba en 817.841 libras esterlinas (20.446.025 pesetas). El vicealmirante Tryon contaba sesenta y un años: entró en la marina inglesa en 1848, y en la toma de Sebastopol, en la guerra de Crimea, en la campaña de Abisinia, en Australia y, en suma, dondequiera que se halló prestó valiosos servicios á su patria: su valerosa muerte fué digna de su vida ejemplar de marino.

Flores de invierno, dibujo original de Francisco Maura.

— No forma parte Francisco Maura del grupo de esos modernos pintores que se limitan á reproducir la naturaleza ó el modelo que eligen, con la pasmosa facilidad de la cámara fotográfica. Comprende que la misión del artista no puede ni debe ajustarse únicamente á la exactitud de la ejecución; otro ha de ser su objetivo y más elevados sus propósitos. Maura tiene el temperamento de verdadero artista, y como tal siente y discurre, escogiendo para sus producciones asuntos que revelan la vida íntima de la sociedad en que vivimos. Vivo está todavía el recuerdo de su precioso cuadro *Sin trabajo*, premiado en la Exposición nacional de 1890: *Flores de invierno*, aun siendo un mero dibujo, pertenece al mismo género y resulta no menos sentido.

La carrera á pie, bajo relieve de Mariano Benlliure. — La antigüedad, esta fuente perenne de inspiración, ha dado nuevamente al genial escultor Mariano Benlliure material para una creación admirable. La escena no puede ser más sencilla: el espectador tiene delante de sí un segmento del Circo; avanzan á la carrera y en compacto grupo los corredores que, doblado ya el extremo de la *espinia*, se precipitan hacia la meta. En el fondo, amplias graderías llenas de gente, en el centro de las cuales descuella el palco imperial. Clásico el asunto, resulta también clásica la manera con que lo ha tratado Benlliure: en los menores detalles de la composición luce la verdad estética más absoluta, la que no tiene necesidad de descender al verismo trivial ni al repugnante naturalismo. Mariano Benlliure ha hecho este bajo relieve por encargo de un americano muchas veces millonario que quiere decorar un gabinete de su palacio con obras de Lytton, Alma Tadema y de nuestro compatriota. El bajo relieve que publicamos es parte del friso que debe completar Benlliure con obras sucesivas.

Distraición, escultura de Venancio Vallmitjana. — En esta época en que la mayor parte de los escultores vense obligados á luchar á brazo partido con el tanto por ciento, trocando algunos, obligados por la imperiosa ley de la necesidad, su noble misión de artistas por la de meros ejecutores, grato nos es consignar que aún existe entre ellos quien, como Venancio Vallmitjana, ni se doblega ni sucumbe. Maestro de la mayoría de los jóvenes escultores que tanto honran á nuestra ciudad, ha sabido siempre ajustarse á las corrientes de la época. De ahí que á la vez que de su taller de la Rambla de Cataluña salen obras de carácter verdaderamente clásico, cual *La Piedad*, produzca también esas preciosas esculturas de salas ó grupos tan notables como el que damos á conocer á nuestros lectores, sorprendido por el artista en cualquier rincón de Barcelona, en la playa ó en la campiña.



Antonio Vico

yacía sin vida sobre el lecho mortuario; á sus pies lloraba desolada la infeliz Mercedes y á su cabecera destacábase negro y tristón el regalo de boda, la cruz de hierro.

MANUEL AMOR MEILÁN

## NUESTROS GRABADOS

ANTONIO VICO

La corta, pero brillantísima campaña que está llevando á cabo este inspirado actor en el teatro del Eldorado, antes de embarcarse para América, nos ha inducido á publicar su retrato, reproducción fiel de una reciente fotografía.

Entre el incomparable actor, única gloria hoy de nuestra escena en el género dramático, y el público barcelonés, media, como ha mediado siempre, una corriente de simpatía que justifica la elección que el primero ha hecho de nuestra ciudad para despedirse transitoriamente de la escena española y las espontáneas y ruidosísimas ovaciones que el segundo diariamente le tributa.

Verdad es que Vico se encuentra en el apogeo de su talento artístico y que en todas las obras que en esta breve temporada ha puesto en escena ha trabajado con fe, con entusiasmo, sin desalentos, sin escatimar ni un átomo de sus probadas fuerzas y avasallando al auditorio con su admirable expresión, con sus sorprendentes detalles y con sus asombrosos recursos escénicos, imposibles de imitar, por ser siempre hijos de la inspiración del momento y poquíssimas veces de un detenido estudio de los efectos.

Y esta fe, este entusiasmo, este esfuerzo del genial actor son tanto más meritorios cuanto que trabaja bajo la desagradable impresión de dos adversas circunstancias: el dolor de tener que separarse de su buena esposa y de sus hijos, á los que profesa un cariño que raya en idolatría, y el recelo, instintivo en él de toda la vida, fatídico é invencible, de cruzar en un barco el Océano; circunstancia la primera que le ha hecho ir constantemente acompañado de su numerosa familia en todas sus excursiones artísticas, al paso que la segunda le ha obligado á desechar repetidas veces las proposiciones más ventajosas de cuantas se han podido hacer á un artista.

Apenas hay hombre notable en la historia del que no se co-



## ANIE

NOVELA POR HÉCTOR MALOT. — ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)



— Reciba usted mi felicitación, señorita; es usted la primera novia de cuantas he visto que se halle dispuesta á la hora fijada

Como el templo y la alcaldía, situados frente por frente, se hallan á menos de trescientos metros del castillo, se había acordado que, en el caso de hacer buen tiempo, no se utilizarían los carruajes para trayecto tan corto. Cuando la comitiva hubo llegado á la plaza encontró allí á los doce bomberos del pueblo en hilera, y la charanga saludó á los novios con las notas de una marcha.

En aquella iglesia, demasiado pequeña, no se habían visto nunca tantos uniformes; los rayos del sol, pasando con toda libertad por las ventanas sin cristales, hacían brillar el oro de los galones y de las charreteras con resplandores que llegaron á deslumbrar al cura, hombre de carácter sencillo y tímido, el cual en vez de decir las palabras que desde mucho tiempo antes tenía preparadas para esta ceremonia, se limitó á leer, casi deletreándola, la alocución que le servía para todos sus feligreses.

En realidad, aunque el señor cura hubiese estrenado con toda la unción apetecible y por él apetecida su discurso inédito, no habría conseguido que la concurrencia (acerca de cuya religiosidad no cabía la más leve sombra de duda) le escuchase; los allí congregados no tenían oídos, tenían ojos solamente, y en las miradas concentraban todos sus sentidos en aquel momento.

Entre los militares ninguno conocía á la novia; muchos parientes de los Barincq veían entonces á Sixto por primera vez. Todos, por consiguiente, los miraban, los estudiaban, les pasaban revista con extremada curiosidad; los militares calculaban la fortuna de la mujer; los parientes pensaban en el porvenir del marido.

— No reunirán menos de ciento cincuenta mil francos de renta.

— ¿Es de veras? Entonces tendrán un palacio en París.

— Y de todas maneras darán bailes en Bayona.

No eran menos variados los comentarios en lo que respecta á las condiciones físicas de la novia: indudablemente Anie era algo bisoja; no sería extraño que acabase en tísica; era seguro que se teñía el pelo; no podía decirse que su traje fuese muy rico, eso no; pero sí tenía un gusto parisiense realmente escandaloso.

Sixto, que hasta entonces había pasado por el oficial mejor mozo y más guapo de Bayona, tenía todo el aspecto de un hombre humillado.

— ¡Es muy natural! Al fin y al cabo se ha vendido...

La sacristía era demasiado pequeña para tan numeroso acompañamiento, razón por la cual se había resuelto que todos pasasen al castillo y que no hubiese, como suele haber en estas solemnidades, dos categorías de convidados: unos que comiesen y otros que viesan comer.

Barincq cifraba todo su orgullo de propietario en aquel *lunch*, compuesto exclusivamente de productos de su finca: salmones pescados en sus viveros, jamones de su ganado de cerda, faisanes de su corral, caza de sus sotos, flores y frutas de su jardín y de sus estufas.

El banquete tuvo, para hablar con verdad, mejor acogida que los novios; hubo unanimidad de pareceres en declararle muy bueno, no muy distinguido, eso no; pero de calidad excelente, lo cual no es difícil para las personas que no saben lo que gastan.

Anie, del brazo de su marido, iba de unas mesas á otras — ya sin su velo, — dirigiendo á todos, ya algunas palabras afectuosas, ya una dulce sonrisa. El elemento militar habíase agrupado en una parte de la tienda, de la que había tomado posesión. Allí sucedía todo lo contrario de lo que ocurrió en la reunión de pésame de la familia, reunión en la cual todos recibieron á Sixto muy fríamente: en esta ocasión fué con Anie con quien se guardó visible reserva. Tan evidente fué esa reserva, y sobre todo en las señoras, que el capitán juzgó necesario explicar á su mujer lo que motivaba aquella actitud.

— Si supieses, le dijo, cómo y cuánto envidian las muchachas pobres á las señoritas que se casan...

— No acabo de creerlo.

— ¿No crees tampoco que la señorita Laurencia Haoraca, la hija mayor de mi jefe, es la única entre ellas que tiene un sombrero de Lebel y un traje de París? Las otras cuatro no traen sino imitaciones hechas por ellas mismas: labor casera.

— Eso está á la vista, pero no me parece que esa sea razón suficiente para que yo me vista ó deje de vestirme de la misma manera. ¿Te figuras que no he conocido en otros tiempos esos recursos de muchacha pobre? Pues yo no tenía modelos de Lebel para imitarlos.

Pasando de unas mesas á otras llegaron los recién casados á una en rededor de la cual estaban sentados el barón y algunas jóvenes de la comarca. Como el Sr. de Arjuzanx había ido directamente á la iglesia, todavía no se habían visto él y Anie. Hubo entonces un rato de silencio bastante embarazoso, al cual puso término Arjuzanx felicitando á Anie y estrechando la mano á su amigo.

Todos experimentaron al separarse una sensación muy semejante á la de quien se quita gran peso de encima, si bien ninguno quiso manifestarla.

— ¿Sabías ya que el barón estaba de vuelta?, preguntó Anie á su marido.

— No.

— Yo tampoco.

Una hora después, mientras la mayor parte de los convidados se paseaban por el jardín, Anie, que volvía de despedir á sus padres, á quienes había acompañado hasta la verja, se halló frente á frente con Arjuzanx, que se dirigió resueltamente hacia ella.

Fingía el barón mucha calma y completa indiferencia; era fácil, no obstante, adivinar que su sonrisa forzada velaba una emoción profunda.

El barón saludó á Anie y le dijo:

— Amaba á usted tanto, tanto, que ni sus desdenes han podido matar mi amor; amaré á usted siempre y nunca amaré á otra.

Antes que Anie volviese de su sorpresa el barón se había alejado.

## TERCERA PARTE

## I

Cerca del mar, cuyas brisas quebradas por las dunas refrescan la temperatura, en la confluencia de un riachuelo y de un hermoso río, justamente en el punto mismo en que éste forma una curva elegante y airosa, rodeada por paisajes verdes y opulentos, como son los de Normandía, frente de una extensa llanura cuya lontananza se pierde de vista en valle extensísimo, sería Bayona una de las más lindas ciudades del Mediodía si no la afeasen sus fortificaciones.

Para no estar enjaulados entre esas fortificaciones dichosas, cuya moda pasó hace ya mucho tiempo, los habitantes á quienes no es absolutamente necesario vivir en el interior de la ciudad han labrado viviendas en la carretera de España, en el valle de Nives, siguiendo la corriente del Adour, frente por frente de un hermosísimo paseo flanqueado por corpulentos árboles y al que llaman las *Calles Marinas*.

Justamente una de esas casas era la que Barincq había escogido para sus hijos; no era de las más ricas, pero sí de las más elegantes; por su aspecto parecía una quinta con su arimez festoneado por plantas trepadoras; en medio de un jardín de árboles constantemente verdes, de magnolias gigantescas, con altozanas de que surgía espesísima vegetación digna de las pampas. Dos plazuelas del jardín habían sido destinadas á juegos de agilidad y destreza y una habitación del piso bajo á billar.

Los recién casados recibían una vez á la semana: en ese día instalaban en el comedor un ambigü en que había de cuantos productos daban las feracísimas tierras de Ourteau y que justificaba los *ciento cincuenta mil* francos de renta que se atribuían al matrimonio y hasta los *doscientos mil* que algunos estómagos agradecidos se sentían dispuestos á reconocerle.

¿Se debía eso al ambigü? ¿Se debía á los atractivos de Anie? ¿Consistía todo sencillamente en que los recién casados formaban ya parte de la familia militar? La verdad del caso es que Anie había sido aceptada como una gloria para todos.

— Tenemos á la señora de Saint-Christeau, decían, y creían haberlo dicho todo.

Como suele verse á menudo en el mundo de la milicia, habíase unido el nombre de la mujer al del marido, sin que pensase nadie en discutir esto, porque todos lo tenían á gala.

Y aun agradecían más á Anie que hubiese aristocratizado al capitán, porque la joven concedía muy poca importancia á eso, y no pensó nunca en aprovechar su nacimiento para formar, como el vulgo dice, rancho aparte con las de otras señoras linajudas (de las que anteponen el *de* á su apellido) de la guarnición.

Los *jueves* de los Saint-Christeau estaban tan animados, tan concurridos que comparadas con ellos las recepciones de la generala parecían tristes; en más de una ocasión hubo quien insinuase á la recién casada que debería organizar otra reunión semanal para los domingos.

Anie, sin embargo, consideró que un día á la semana era muy suficiente como tributo al compañerismo.



Además los domingos estaba ya acordado que pertenecían á sus padres y á Ourteau, y los demás días á su marido, á la intimidad, al amor.

Aunque Sixto se hallaba sometido á un servicio muy asiduo al lado del general, que ya no podía escribir absolutamente nada y que en muchas ocasiones guardaba cama durante semanas enteras y no salía de sus habitaciones sino para caer rendido en una silla, abrumado por el esfuerzo que había realizado á toda costa, tenía, sin embargo, algunas horas de libertad por la mañana y por la tarde; horas felices en las que podían ser uno de otro sin que nadie llegase á colocarse entre ellos.

Por la mañana muy temprano paseaban á caballo. Anie, durante unos días pasados en casa de una amiga, recibió unas cuantas lecciones de equitación, y aun cuando no era una amazona perfecta, se tenía bien á caballo, y su agilidad natural, su ligereza, su osadía, su destreza, unidas á los consejos de Sixto, completaban la obra.

Seguían los jinetes las orillas del Adour hasta la valiza de *Blanc-Pignon*; allí ponían sus caballos al galope, sobre la arena blanca sembrada de piedrecillas rojas; atravesaban los pinares que cantaban sus canciones dulcemente tristes y con sus aromas resinosas perfumaban el ambiente hasta el semáforo ó hasta el lago de Chiberta.

Desarrollábanse ante ellos horizontes sin límites, y á sus pies morían suavemente las olas en la arena, cuando no tomaban por asalto la playa lanzando al viento el brillante polvillo de sus blancas espumas que azotaban los rostros de ambos jinetes. Entonces con un movimiento simultáneo que obedecía á un común pensamiento deteníanse Anie y Sixto para mirar en lontananza las blancas velas de un barco inclinado hacia la verde superficie del mar ó el penacho de humo que se elevaba desde un vapor próximo á desaparecer en el azulado horizonte, allá donde el cielo y el mar parecen una sola y misma cosa. Después, continuando su paseo, seguían la grada ó bien los peñascos de la costa hasta el faro de Biarritz, y ya no pasaban de allí porque evitaban adrede el entrar en la población; regresaban á casa por caminos en los que veían más probabilidades de estar solos y de prolongar por más tiempo su conversación. Ocurría casi siempre que á fuerza de charlar y de mirarse en el viaje de ida, se habían retrasado un poco y era necesario apresurarse al volver para recobrar el tiempo perdido; la hora se acercaba; apenas si el infeliz Sixto tendría el tiempo necesario para cambiar de traje antes de presentarse al general, que furioso consigo mismo y contra los demás por la inacción forzosa á que estaba condenado, no permitía ni la más insignificante señal de barro ni los más imperceptibles granillos de polvo en el uniforme.

— ¿Cómo puede usted trabajar si se queda usted ya derrengado desde por la mañana? Eso prescindiendo de que huele usted á mar de una manera insoporable.

Oler á mar era una falta que el general no habría perdonado si no hubiese tenido tanta necesidad de Sixto; pero al menos aquella falta era casi la única que el jefe le echaba en cara.

— Es un oficial muy inteligente, muy brillante, de aspecto distinguido, siempre sabrá colocarse á la altura de las comisiones que se le confíen, sean las que fueren, pero huele á mar.

Grave falta era esta para quien, como al general ocurría, solamente olía á captaformas, cuando no á láudano ó á menjerges y potingues desagradables.

Otras veces en lugar de montar á caballo, lo cual siempre ocasionaba alguna fatiga á Anie, se embarcaban en una lancha amarrada siempre delante de su casa, y según la marea, ó navegaban río abajo con el reflujo, ó remontaban la corriente con las olas; Anie se sentaba al timón, Sixto tomaba los remos, y así iban sin cansarse mucho hasta que los movimientos de la alta ó la baja marea los tornaban á casa: en esos días Sixto, según su general, olía á cieno.

Ordinariamente el capitán volvía á casa pocos minutos después de las once para almorzar, y en el lindo comedor, muy adornado de flores, delante de la mesa ya puesta encontraba á su mujer que, vestida y arreglada para recibirle, le esperaba. El almuerzo lo servía una linda criada que entraba y salía y un mozo de comedor que subía de la cocina los platos; Anie y Sixto podían hablar libremente, y cuando desde lo más recóndito de su alma salía á sus labios un sentimiento demasiado tierno para ser bien expresado con palabras humanas, expresábanlo con un beso. Cuando las alegrías del presente y la confianza en el porvenir, siempre sereno, les llenaban el alma, siempre tenían, como todos los que han padecido mucho, recuerdos de angustias pasadas.

— ¿Quién me hubiera dicho?..

— ¿Cómo había yo de creer?..

Pocos minutos antes de la una era menester que se separasen; Anie acompañaba á su marido hasta la verja del jardín, y ocultos por una espesura se besaban por última vez, pero no se abandonaban todavía: después de haber partido el capitán, Anie le seguía con los ojos hasta que caballo y caballero desaparecían bajo la *Puerta Marina*.

Permanecía entonces Anie algunos minutos como aturdida y desorientada; después, para ocupar en algo el tiempo que le parecía interminable, subía á su taller y trabajaba un par de horas. Como allí no tenía los mismos asuntos que para sus estudios le proporcionaba en Ourteau el Gave con sus vegetaciones caprichosas, sus bosques, sus praderas, Anie copiaba lo que tenía á la vista; el aspecto de la ría con la marea alta, el movimiento de las lanchas pescadoras ó de buques, aquellas colinas verdes sembradas de arboledas, de peñascos, de casitas blancas con tejados rojos que bajan desde las llanuras de las Landas hasta las plateadas aguas del tranquilo río.

Para los que están acostumbrados, como Anie lo estaba, á la luz pálida del cielo de París, lo más sorprendente á medida que descendían hacia el Mediodía es la intensidad, siempre en aumento, del brillo de los objetos; la comarca del Loire parece más clara; la Gironda más clara todavía; el Adour, á ciertas horas deslumbra. Lo que Anie procuraba reproducir en sus cuadros era esa luz dulce, vaporosa que no tiene lo claro ni lo áspero del verdadero Mediodía; cuando caía la tarde Anie abandonaba su caballete. Vestíase entonces con apresuramiento y salía á devolver alguna de las numerosas visitas que recibía los jueves, arreglándose de modo que siempre estaba en casa cuando volvía á ella su marido.

Desde aquel instante se pertenecían por completo uno á otro; la consigna era terminante: nadie, absolutamente nadie y bajo ningún pretexto podía molestarles ni llegar hasta ellos.

Por de pronto Sixto subía al taller para examinar lo que Anie había hecho durante el día; cuando el estudio no estaba más que esbozado se limitaba á observaciones sin importancia; pero cuando la obra iba tomando vida y color,

cuando ya era posible formar una idea de lo que el cuadro sería, llegaban las manifestaciones de admiración y de asombro.

— ¿Sabes, decía el capitán muy á menudo, que hay días en que deploro que no tengas necesidad de vender tus cuadros?

— Pues yo no lo deploro por varias razones: la primera y principal porque tal vez las ofertas de los compradores no estarían á la altura de tus elogios.

Sixto no admitía semejante hipótesis.

Después de un rato de conversación ó de un paseo por el jardín visitaban su caballeriza y se dirigían al comedor. Después de comer, si hacía buen tiempo, daban un paseo por el muelle, ó bien, si no estaba muy seguro, tomaban asiento en la galería de su habitación, que daba vista al río; allí, sentados muy cerca uno de otro, continuaban su conversación, contemplando el movimiento del Adour; cuando llegaba la hora de la marea distraíanlos el variado espectáculo de los vapores que llegaban con sus faroles encendidos, el remolcador que encendía su máquina para sacar de la barra algún buque de vela, y así se deslizaba el tiempo, como en perpetuo encanto, sin que ni Anie ni Sixto tuviesen conciencia de las horas que pasaban. De pronto, en medio del profundo silencio de la noche, elevábase un rugido sordo que iba creciendo rápidamente.

— ¡El expreso de París!

Era, en efecto, el tren descendente que bajaba á toda máquina de la llanura de las Landas; muy luego llegaba á Boucan; veíase después el farol de la locomotora que parecía llegar á precipitarse sobre ellos; poco después pasaba, su rapidez disminuía poco á poco antes de desaparecer en la estación.

Iban á dar las once; había terminado aquel día.

## II

Y... sin embargo, en aquel cielo tan sereno, tan límpido, aparecían dos puntos negros: el uno, que inquietaba vagamente á la hija; el otro, que atormentaba al padre.

Cuando el día mismo de la boda oyó Anie al Sr. de Arjuzanx decirle que la amaría siempre y que á ninguna otra amaría, la confusión y la sorpresa de la recién casada habían sido extraordinarias. Mucho rato permaneció como aturdida y fué necesario un gran esfuerzo de su voluntad para que se presentase, tranquila en apariencia, á su marido y á los convidados. Pero la impresión que en Anie habían producido las palabras del barón no se desvanecía por completo; si cuando estaba al lado de Sixto se olvidaba Anie de Arjuzanx, cuando quedaba sola volvía á verlo, recordaba la palidez de aquel rostro, el fuego de aquella mirada, el temblor de aquellos labios cuando decían: «Amaré á usted siempre y nunca amaré á otra» ¿Por qué había pronunciado el barón aquellas palabras? ¿Con qué propósito? ¿Habían sido expresión espontánea de su dolor? ¿Las había pronunciado, por el contrario, con intención determinada? Anie habría necesitado contar á su marido aquella escena; pero no se atrevía temerosa de disgustarlo, y además porque todo lo que se refería al barón, su recuerdo, su nombre, era muy desagradable para Anie. Cuando, transcurrido algún tiempo, vió la joven que Arjuzanx no los visitaba, como ella temió en un principio, comenzó á tranquilizarse; era indudable que el barón había dicho aquellas palabras impulsado por lo violento de la contrariedad sufrida; las había dicho sin saber que las decía, involuntariamente, y Anie se compadecía de él. ¡Pobre muchacho!

Esta compasión no había ido muy lejos, eso no; habíase mezclado, no obstante, con algunos dejos de simpatía: Anie no podía aborrecer á un hombre porque la hubiera amado, porque la amase todavía, sobre todo cuando ese amor no había sido obstáculo para que ella se casara con Sixto. Pero éste, poco tiempo después, que todos los días daba á su mujer noticias circunstanciadas de cuanto hacía mientras estaban separados, le contó que había recibido en la oficina la visita de Arjuzanx; y como Anie se manifestase muy sorprendida, el capitán manifestó que aquella visita tenía explicación sencilla y natural en la intención de demostrarle que no le guardaba rencor por su derrota; su presencia en la boda ya fué significativa; la visita de ahora lo era más todavía. ¿Cómo responder á esto sin contarlo todo? Anie dudó por un instante; después resolvió decididamente guardar silencio. Al fin y al cabo, tal vez tuviese razón Sixto, y en este caso habían de ser consideradas aquellas palabras pronunciadas el día de la boda por Arjuzanx como el grito de un dolor demasiado cruel para dominarlo. Sin embargo, por mucho que Anie se dijo á sí misma en este sentido, no se tranquilizó por completo, y cuando, poco tiempo después, le habló Sixto de una segunda visita del barón, después de otra, comenzó á preguntarse qué amenaza se ocultaría debajo de aquella intimidad por Arjuzanx con insistencia procurada.

Es cierto que el barón no se había presentado en casa de Anie y de Sixto; pero ¿qué debería hacer la joven si alguna vez los visitaba el camarada de su esposo?

Esta pregunta, que Anie se dirigía á sí misma muchas veces, le ocasionaba cierta inquietud, indefinida, vaga, pero persistente. La joven deseaba tranquilidad para ella y más aún para su marido; pero era imposible la tranquilidad si necesitaba defenderse contra uno que la amenazase con amor eterno. Anie estaba muy segura de no dejarse conmovir nunca por semejante amor, pero comprendía al mismo tiempo que sería para ella molesto, enojoso, insoporable. La simpatía que Anie había sentido al principio por el amante desdeñado se trocó en hostilidad contra el enamorado perseverante. ¿Por qué no la dejaba en paz?

Las inquietudes del padre, aunque eran de muy diferente naturaleza, no dejaban de tener importancia y de molestarle.

Cuando quedó convencido que Sixto y Anie se casasen, creyó Barincq que aquel matrimonio pondría acabamiento definitivo á la intranquilidad de su conciencia, y que el testamento de Gastón, ese testamento que tan á menudo, en las noches de insomnio, le pesaba con pesadumbre inmensa como horrorosa pesadilla, quedaría reducido á una insignificante y liviana hoja de papel. Realizada la boda, ¿qué importaba aquel testamento? Que Sixto disfrutase de la fortuna de Gastón como heredero de éste ó como marido de Anie, ¿no era, de hecho, exactamente lo mismo?

Precisamente impulsado por esa idea, estimulado por esa esperanza había procurado realizar aquella boda; habíalo procurado con empeño y lo vió con indecible alegría, considerándose dichoso; pensaba haber alcanzado con esto, no solamente la dicha de su Anie y la de Sixto, sino su propio reposo, su satisfacción personal.

¡Qué dulce consuelo!

Pero, contra lo que Barincq esperaba, aquel consuelo dulce no resultó en la realidad tal cual el padre de Anie se lo imaginara en sus meditaciones, y aque-



lla hoja de papel que creyó ligera como una pluma, comenzaba á ser tan pesada como antes ó más que antes. No experimentaba ya aquellas alucinaciones, aquel sentimiento de ansiedad, de opresión, de angustia, aquellos sudores de muerte que acompañaban á su remordimiento cuando, de sus razones fútiles, había decidido que Sixto no tenía derecho alguno á la fortuna de Gastón; pero de todas maneras, el peso de aquel papelillo volvía á ser demasiado grande para dificultar las digestiones de Barincq.

Consistía esto muy principalmente en que cuanto más iba conociendo á Sixto tanto más profundamente se convencía de que, en efecto, era hijo de Gastón; era en todo y por todo un retrato suyo.

Siempre que Gastón, cuando se hallaba sentado á la mesa, quería decir algo interesante á los que estaban en su rededor, comenzaba invariablemente — sin echarlo de ver ni darse cuenta de sus movimientos — por separar á derecha y á izquierda las copas que delante de sí tenía, dejando aquel sitio de la mesa completamente despejado: Sixto hacía lo mismo, tan exactamente lo mismo, que cuando se le veía parecía que se estaba viendo á Gastón: ¿no era esto muy significativo?

Gastón al reirse levantaba las mejillas y el labio superior, con lo que resultaba la nariz como recortada: la expresión del rostro de Sixto, cuando se reía, era exactamente la misma.

Por último, siempre que Gastón discutía acompañaba sus razonamientos con movimiento de la mano, movimiento que le era peculiar: accionaba primeramente con el dedo pulgar; poco después agregaba al pulgar el índice, y por último reforzaba á los dos el de en medio que, al parecer, venía á completar la demás acción; Gastón hacía esto metódicamente, con el orden mismo que no variaba nunca y que en ningún caso se invertía: pues bien; Sixto repetía idénticos movimientos y en el mismo orden.

¿Qué probaban todas esas semejanzas? Probaban hasta la evidencia que Sixto las había heredado de su padre y que por lo tanto constituían un acta de reconocimiento más convincente que cuantas hubiesen podido levantar todos los alcalde y todos los notarios del mundo.

Y siendo esto así, Gastón, que tan á menudo había tenido á su lado á Sixto, no había podido seguramente cerrar los ojos á la evidencia, ni rechazar la absoluta, la completa certidumbre de que aquel niño, que era una copia fiel y exacta de su rostro, de sus maneras, de sus costumbres, era y no podía menos de ser su hijo.

Que hubiese dudado de la fidelidad de su querida, era muy probable; pero dudar de su paternidad, no le habría sido posible.

El hecho de retirar el testamento de manos de Revenacq no tenía, por consiguiente, no podía tener el significado que Barincq y el notario le daban equivocadamente; era seguro, segurísimo, que Gastón no había pensado ni por un momento en desheredar á su hijo, ni en hacer, entre su hijo y sus herederos legales, particiones que en nada se fundaban sino en caprichos de la imaginación dominaba por el cálculo del interés personal y por las sugerencias del egoísmo.

En realidad las razones que Gastón había tenido para recoger su testamento no eran conocidas; pero solamente en esto había obscuridad: sobre todos los demás puntos se había hecho la luz, y tan clara, que ningún hombre honrado, después de leer el testamento, podría dudar ni un solo minuto en afirmar que Sixto era el heredero único de Gastón.

Y él, Barincq, él que en todas las circunstancias de su vida solamente había obedecido á los mandatos de su conciencia, ¿podría regatear y dudar en lo que no dudaría ningún hombre honrado?

Si nada tenía que echarse en cara, ¿por qué su conciencia, siempre su amiga, protestaba con tanta violencia después del matrimonio de Anie y de Sixto?

Era necesario reconocer y confesar que aquella boda no había sido otra cosa que un expediente inspirado por el sofisma y el subterfugio.

¿De qué podía quejarse Sixto si de un modo ó de otro venía á disfrutar la fortuna de su padre? ¿No era exactamente lo mismo que la disfrute como heredero de Gastón ó como marido de Anie?

No, señor, no; no era lo mismo; si el capitán Sixto no se quejaba era porque desconocía la existencia del testamento; pero quien como Barincq sí la conocía, ¿era posible que rechazara sus escrúpulos y dijese con serenidad que nada tenía por qué avergonzarse?

Para esto habría sido absolutamente preciso que en el contrato de boda Barincq se hubiese despojado, en favor de Sixto, de toda la fortuna de Gastón. Y haciéndolo así, ¿habría dado á su yerno algo que á éste no perteneciera? Pero como no lo había hecho así, como las cosas se habían arreglado de otro modo, siempre que Sixto daba las gracias, por cualquier nuevo regalo, á su suegro, éste se ruborizaba, porque... ¿acaso aquella generosidad suya no era una restitución?

Como Barincq continuaba engolfado y perdido en medio de estas cavilaciones sin resolver nada, inclinándose hoy á una decisión, inclinándose al día siguiente á otra, fué necesario que realizase una visita para que pusiese término á sus vacilaciones; fué esta visita la de uno de sus parientes, su primo Pedebidou, con quien había tenido en sus años juveniles relaciones de buena amistad y que posteriormente había mediado muchas veces entre él y Gastón á fin de reconciliarlos.

Este Pedebidou, que tenía la primera casa de conservas alimenticias de Orther y de Bayona, pasaba por muy rico, y Barincq lo tenía en ese concepto; pero á las primeras palabras que se cruzaron entre ellos en aquella entrevista, pudo convencerse de que en aquel momento no era rico Pedebidou.

— Querido primo, dijo Pedebidou sin embarazo ni cortedad, vengo á pedirte 80.000 francos que necesito imprescindiblemente para mis vencimientos.

— ¿Tú?

— ¡Así es el comercio! Algunas quiebras extranjeras imposibilitan, hace más de dos meses, la aceptación de mis giros, y además tengo contraídos compromisos de alguna importancia.

— Pero, chico, yo no tengo 80.000 francos: la boda de mi hija, los gastos de su instalación, lo que me cuestan las obras que hago en esta propiedad...

— No te pido tu dinero; te pido solamente tu firma.

— Firmar es pagar.

— Conmigo no. Ven á casa, allí examinarás mis libros; la situación en que me hallo es de apuro pasajero, pero está muy lejos de ser desesperada.

Barincq estaba trastornado; si hubiera sido dueño absoluto de su fortuna habría dado, sin vacilar, la firma que su compañero y pariente solicitaba con tanta franqueza y en la seguridad de que no podrían rehusársela; pero Barincq no

era, no, libre, ni dueño de su fortuna; al firmar no comprometía su firma, sino la de Sixto.

— ¿Sabes, dijo sin saber cómo salir de aquel atolladero, sabes que si hubiese yo prestado todo lo que, desde que estoy en el país, me han pedido, no me quedaría gran cosa?

— ¿Cuánto has prestado?

— Nada.

— Entonces te queda todo.

— Pero...

— Por último, ¿puedes ó no puedes hacer lo que te pido?

Reinó entonces un rato de silencio, cruel para ambos, pero acaso más cruel para el que no se atrevía á contestar que para el que esperaba la contestación.

Pero Pedebidou era hombre resuelto y de los que obedecían al primer movimiento: se levantó, pues, y dijo á Barincq:

— Está bien; eres un mal rico; deploro, lo deploro con toda mi alma haberte puesto en el caso de demostrarlo; nunca hubiese yo creído esto de un hombre que ha sido pobre como lo has sido tú.

— Te juro que no puedo.

— Tu fortuna te pertenece.

— No; pertenece á mi hija.

— Adiós.

Barincq pasó una noche terrible; al día siguiente partió para Bayona en el primer tren, y al llegar corrió á la casa de comercio de su primo. Al entrar en el despacho en que Pedebidou, completamente solo, despachaba el correo, le dijo:

— Vengo á traerte mi firma.

Al oír aquellas palabras Pedebidou se levantó precipitadamente, corrió á Barincq y le abrazó.

— Haz que preparen el documento, dijo Barincq, equivocándose acerca de las causas de aquella emoción.

— No puedes, no podrás imaginar nunca lo que tu generosidad me conmueve; pero es ya tarde, querido amigo mío; ahora no puedo aceptar tu firma.

— ¿La rehusas ahora?

— Ayer pude pedírtela porque estaba seguro de que tu dinero no corría ningún riesgo; hoy, sabiendo, como sé, que lo perderías, no puedo aceptarla; acabo de recibir noticias de otras quiebras; todo ha concluído para mí, estoy arruinado.

Aunque aquella noticia fué muy dolorosa para Barincq, éste reconoció, avergonzándose en lo más recóndito de su alma, que tan inesperada solución le aliviaba de un enorme peso.

— ¡Pobre amigo mío, le dijo, pobre compañero!

Y durante algunos minutos hablaron ambos de aquel desastre.

Pero cuando Barincq estuvo fuera de aquella casa, cuando se halló sólo en la calle, reconoció con estupor que había sido otra vez un mal rico, según le había llamado su primo.

¡Oh! Estaba decidido á no serlo por mucho tiempo.

III

Era menester que el testamento fuese entregado á Sixto y que la fortuna que en virtud de ese documento le pertenecía pasara por completo á sus manos.

El reposo, la dignidad, la honradez de Barincq lo exigían.

Además, por muy heroica que á primera vista pareciese esa restitución, no era



— Amaba á usted tanto, tanto, que ni sus desdenes han podido matar mi amor...

tanto en realidad; que la fortuna de Gastón continuase en poder de Barincq ó que pasara á ser propiedad de su yerno, siempre sería Anie quien la disfrutase, porque Sixto, tal cual Barincq le conocía, no era capaz de malgastarla ó derrocharla.

(Continuará)





## LA IMPRESIÓN DE RESTOS HUMANOS EN SCHLESTADT

Creemos que nuestros lectores leerán con interés el relato de un importante descubrimiento arqueológico realizado durante los trabajos de restauración de



Fig. 1. Vaciado tomado de una impresión de un cuerpo humano sobre una masa de mortero, del siglo XI, descubierto en una cripta sepulcral de la iglesia de Sainte-Foy, en Schlestadt (Alsacia). Vista de frente.

la iglesia de Sainte-Foy, en Schlestadt (Alsacia).

Sainte-Foy de Schlestadt, construcción romana muy notable, debe su origen a la condesa Hildegarda, madre de Otón, obispo de Estrassburgo y bisabuela del famoso emperador Federico Barbarroja: esta piadosa dama había hecho construir en 1087 debajo del antecoro una reproducción del Santo Sepulcro de Jerusalén, de las mismas dimensiones que éste, con lo cual atrajo a aquel lugar una muchedumbre de peregrinos cada vez mayor. Sin embargo, el fervor de éstos acabó por enfriarse, y si el recuerdo de la cripta no nos hubiese sido conservado por el antiguo autor *Beatus Rhenanus*, muy pronto habría sido dada al olvido porque fué cegada en época indeterminada, pero seguramente posterior a la época en que *Rhenanus* escribía. La misma basilica antigua, cuya restau-

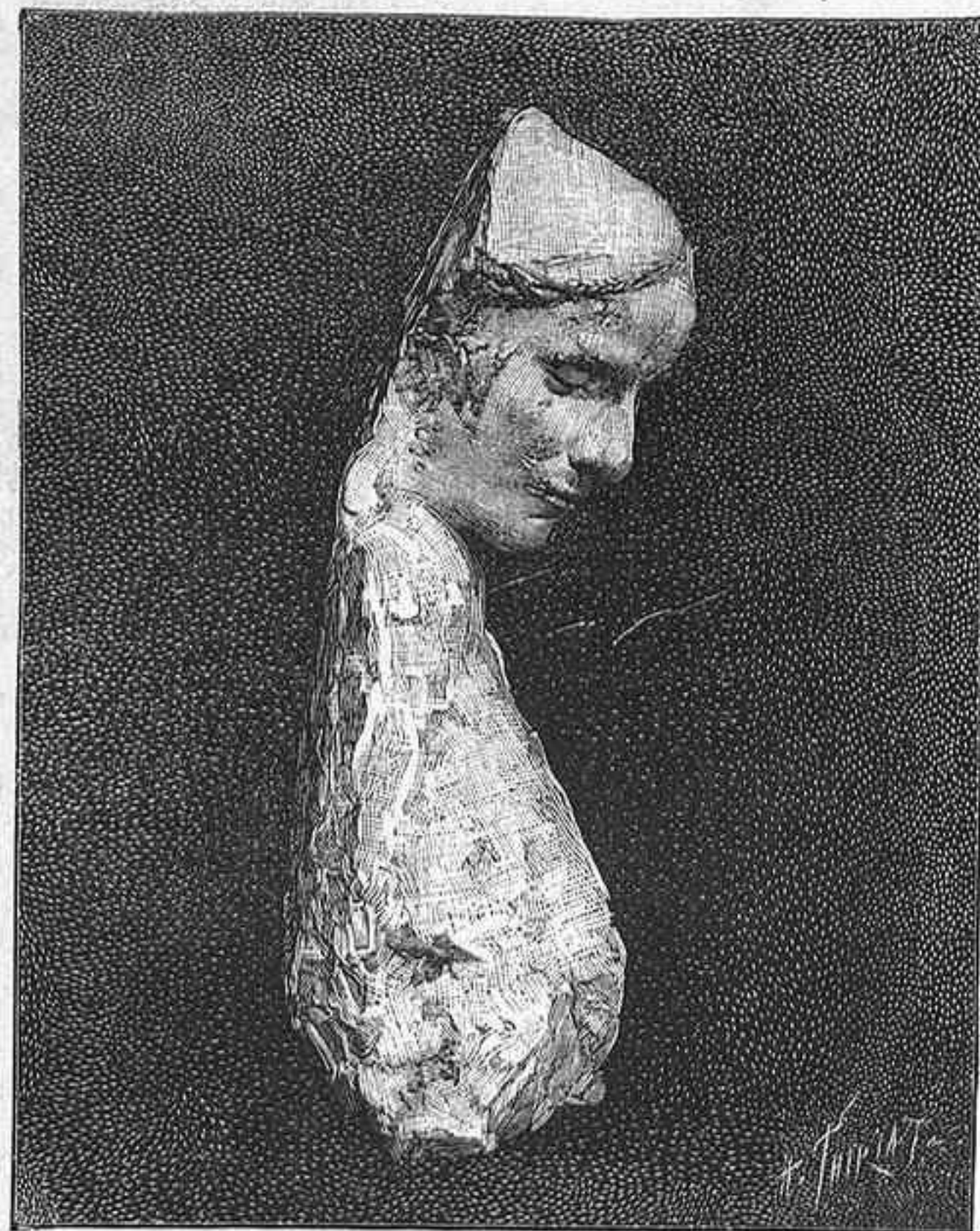


Fig. 2. El mismo vaciado visto de perfil

ración completa se ordenó hace muy pocos años, hubo de sufrir durante los ocho siglos de existencia varias transformaciones más ó menos bárbaras.

Removiendo el suelo de la iglesia se encontró el

año pasado una abertura que daba acceso a dos pequeños subterráneos, situados uno junto a otro, y a los cuales se llegaba por dos escaleras laterales. Continuáronse las excavaciones, y el arquitecto encargado de los trabajos tuvo la suerte de descubrir primero tres tumbas vacías y luego otra de grandes dimensiones, que databa del siglo XI y que contenía gran cantidad de restos de objetos varios y entre ellos un bloque de mortero que llamó poderosamente la atención del arquitecto, pues creyó ver en él la impresión de un cuerpo humano.

Hízose un vaciado, y grande fué la impresión, la emoción casi, que experimentaron cuantos vieron que el vaciado era un busto de mujer tal como lo reproducen los grabados (figs. 1 y 2) que publicamos. ¿Quién era aquella muerta de fisonomía tranquila y dulce y cuyas facciones melancólicas llevan impreso el sello de una nobleza evidente? Tal ha sido el problema que desde entonces ha preocupado a los arqueólogos: algunos han querido ver en ella a Hildegarda, pero pronto esta creencia hubo de quedar destruída por contradicciones cronológicas irrefutables, y hoy se admite, y con razón, que el precioso hallazgo se refiere más bien a la hija de la condesa Hildegarda, su muy amada Adelaida, como la llamaba en la carta de fundación. De todos modos, á juzgar por las huellas que en el molde ha dejado un tejido de admirable finura, de nipe sin duda, el cuerpo debía pertenecer a una persona muy distinguida y dada a las prácticas religiosas, pues no se nota ninguna señal de joya.

A fines del siglo XI, una epidemia de peste negra asoló la Alsacia, y la historia pretende que Hildegarda, lo mismo que su hijo Conrado y que su hija Adelaida, sucumbieron a la terrible enfermedad: esta circunstancia explicaría el procedimiento de inhumación profiláctico que se adoptó para sepultar el cadáver, y sin embargo el rostro de éste no revela la menor huella de sufrimiento físico. De este detalle podría deducirse que Adelaida, padeciendo quizás de otra enfermedad, falleció extenuada por la fatiga y por el dolor de haber perdido a su madre y a su hermano, y que los sobrevivientes, presa de terror, la enterraron como a una apestada, conservando de este modo lo que ahora constituye un importante descubrimiento.

Ahora bien: ¿cómo se explica que una capa de mortero basto haya podido conservar huellas en algunos puntos casi microscópicas? Según opinión del canónigo Dacheux (1) (el sabio presidente de la *Sociedad para la conservación de los monumentos históricos de Alsacia*, á cuya amabilidad debo la mayor parte de los datos consignados y las fotografías que los dos grabados reproducen), la cal que contenía el mortero filtrándose á través de la arena y del casquijo se endureció rápidamente sobre el cuerpo, y la masa entera acabó por formar un solo bloque y cuando el cadáver se descompuso quedó el molde guardando intacta, durante siglos, la imagen del cuerpo que en él se había incrustado.

El sepelio debió hacerse muy precipitadamente, pues la cabeza inclinada ligeramente sobre el hombro derecho parece haber cedido al peso del casquijo y de los escombros con que á toda prisa debieron cubrir el cadáver. El lado izquierdo ha sufrido: el ojo se halla hundido en su órbita, la mejilla, la oreja y los cabellos están algo chafados y la nariz ligeramente deprimida hacia la derecha. En cambio, el lado derecho, el cuello y la garganta han sido respetados. El pecho aparece cubierto por una camiseta de punto de lana cuyas mallas se dibujan perfectamente.

Desgraciadamente falta la parte inferior del cuerpo, que fué destruída por la piqueta de los demolidores: á lo sumo si los fragmentos del molde nos revelan la existencia de huellas de telas de extremada finura una y más bastas otras.

Lo repito: el aspecto de esta mujer, salida casi viva de su tumba después de ocho largos siglos, produce una emoción fácil de comprender, y sirviéndome de las mismas palabras del canónigo Dacheux, terminaré diciendo: «No es una obra de arte lo que á nuestra vista se ofrece, sino la misma naturaleza con la expresión viva de un ser real.»

CLEMENTE DREYFUS

(1) L. Dacheux, *Sainte-Foy de Schlestadt. Su Santo Sepulcro y sus tumbas*. Estrassburgo, 1893.

## ESTATUA DE ARAGO EN EL OBSERVATORIO DE PARÍS

En 1886, con ocasión de celebrarse el centenario del nacimiento de Arago, las personas que se habían encargado de organizar esta solemnidad creyeron que los homenajes que se habían tributado en provincias al eminente astrónomo no eran bastantes para lo que éste merecía, y resolvieron perpetuar el recuerdo de aquel grande hombre erigiéndole por suscripción nacional una estatua en París, delante del Observatorio que tanto había ilustrado con sus importantísimos trabajos.

A este efecto constituyóse un comité presidido por el almirante Mouchez: este sabio director del Observatorio ocupóse con gran actividad y entusiasmo en recoger las suscripciones y en solicitarlas haciendo valer los grandes servicios que Arago durante su hermosa carrera prestó á la ciencia y á su patria.

«Su vida, decía el almirante Mouchez en la circular que se redactó para fomentar la suscripción, es demasiado conocida por todos para que sea necesario recordar al presente otra cosa que los principales rasgos de la misma.



La estatua del célebre astrónomo Arago, inaugurada en París en 11 de junio de 1893

»Por una excepción única en los fastos del Instituto, Arago fué nombrado á los 23 años individuo de la Academia de Ciencias, al regresar de una importantísima y muy afortunada expedición geodésica por España y las islas Baleares, en donde durante tres años su vida hallóse muchas veces comprometida en circunstancias críticas, nacidas de los acontecimientos y de las guerras de aquella época. Los servicios prestados, sus raras facultades, su notable elocuencia le valieron en 1830 el nombramiento de secretario perpetuo de aquella corporación, y desde aquel alto puesto no cesó hasta el fin de su vida de ejercer la más poderosa y bienhechora influencia en el progreso de las ciencias, ya por sus propios descubrimientos, ya por la fecunda y generosa cooperación que prestó á los principales sabios de su tiempo, á quienes alentaba y sostenía con toda su autoridad. A él se debe especialmente el descubrimiento del principio fundamental de la telegrafía eléctrica y él fué también quien hizo votar por las Cámaras como diputado su aplicación al servicio público cuando el gobierno pretendía reservarse el uso exclusivo de la misma como del antiguo telégrafo Chappe. Profundamente liberal y consagrado al bien público, Arago utilizó toda su influencia en la Cámara de diputados y en el Consejo municipal de



París, del que fué muchos años presidente, para hacer adoptar todas las medidas favorables al mejoramiento moral y material de las clases populares en los diversos ramos del servicio, como la instrucción pública, la higiene, la vialidad, el saneamiento de la ciudad. A él se debe, entre otros, el pozo artesiano de Grenelle que nunca se habría terminado sin su perseverante voluntad.

»Dotado del espíritu y de la pasión por la vulgarización de las ciencias, creó y siguió durante veinticinco años el admirable curso de astronomía popular que tanta gloria dió al Observatorio de París y á su ilustre director. A él se debe también la publicidad de las sesiones del Instituto y de las actas de las mismas.»

Este llamamiento dió grandes resultados, y el día 11 de junio último se verificó la inauguración de la estatua de Arago, en presencia del ministro de Instrucción pública, del hijo de Arago, actualmente embajador de Francia en Berna, del director del Observatorio y de representantes de autoridades y corporaciones.

La estatua ha sido modelada por el escultor M. Oлива, que falleció poco después de terminarla, y fundida en bronce por Durenne: Arago está de pie, mirando al Observatorio, envuelto en una capa que recoge con la mano izquierda, y con la mano derecha levantada y los dedos estirados en ademán de demostración:

tiene á sus pies un instrumento astronómico. La estatua se alza sobre un gran pedestal de piedra en el cual se lee la siguiente inscripción: *Francisco Arago, 1786-1853. Suscripción nacional.*

El monumento está situado delante de la verja del jardín del Observatorio, en la plaza que se extiende en el ángulo que forman el boulevard Arago y la calle Faubourg Saint-Jacques. Edificado en la línea de la avenida central del jardín, el monumento resulta estar en el meridiano de París, como la de Verrier, colocada al otro lado del Observatorio.

GASTÓN TISSANDIER

(De La Nature)

\* \* \*

CUIDADOS QUE DEBEN PRESTARSE Á LOS LESIONADOS POR LAS DESCARGAS ELÉCTRICAS

El doctor Assmann ha publicado recientemente en el *Das Welter* un curiosísimo estudio acerca del tratamiento que debe aplicarse á los que por desgracia sufren lesiones, más ó menos graves, por efecto de las descargas eléctricas. Según el sabio doctor, son diversos los efectos producidos por las descargas, conforme lo demuestran los numerosos experimentos

comprobados, puesto que de ellos se desprende que no es única la fuerza, sino varias, subdivididas en múltiples ramificaciones. La fotografía ha venido á demostrar que al resplandor vivísimo del relámpago suceden otros más débiles que surgen en diversas direcciones. De este antecedente puede inferirse que la potencia de los últimos resplandores es menor que la del producido por la corriente principal.

El doctor Assmann cita en su interesante trabajo un accidente ocurrido en los alrededores de Berlín durante el verano de 1891: hallábase un pelotón de soldados haciendo el ejercicio y sobre ellos produjo una fuerte descarga eléctrica. El oficial y un trompeta cayeron exánimes, volviendo á la vida el primero al cabo de algunos momentos, no así el infeliz trompeta, que quedó tendido sobre el césped, muerto, inanimado. Repuesto el oficial, dispuso se aplicara á su subordinado el método de respiración artificial que con tanto éxito se utiliza con los ahogados. El éxito coronó tan humanitarios esfuerzos, recobrando el trompeta la vida. El doctor Assmann supone que si este tratamiento pudiera ensayarse en los campos de batalla con los combatientes derribados por las explosiones de la pólvora y á los que se considera como muertos, recobrarían la vida cual aconteció con el soldado que se refiere.

**PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL**  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL  
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOUZE-ALBESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARÍS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
 FACILITA LA SALUDE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER  
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Francia: 1 fr. en París  
**PUREZA DEL CUTIS**  
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —  
**LA LECHE ANTEPÉLICA**  
 para ó mezclada con agua, disipa  
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
 GARRULLIDOS, TEZ BARROSA  
 ARRUGAS PRECOCES  
 EFLORESCENCIAS  
 ROJECES  
 y conserva el cutis limpio y terso  
 GANDY et Coe 24, St-Denis, 18

**ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO**  
**PASTILLAS y POLVOS PATERSON**  
 con BISMUTHO y MAGNESIA  
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARÍS

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DR. DEHAUT** DE PARÍS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

**VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK**



Querido enfermo. — Fíase Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipación, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegría. — Así vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

**LA SAGRADA BIBLIA**  
 EDICIÓN ILUSTRADA  
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas  
 Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

**GRANO DE LINO TARIN** en todas las FARMACIAS  
 ESTREÑIMIENTOS, CÓLICOS. — La caja: 1 fr. 30

**CARNE y QUINA**  
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.  
**VINO AROUD con QUINA**  
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE  
**CARNE y QUINA** son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Calenturas* y *Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones del Estómago* y los *Intestinos*. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al *Vino de Quina de Aroud*.  
 Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD. SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.  
 EXÍJASE el nombre y la firma **AROUD**

**GARGANTA VOZ y BOCA**  
**PASTILLAS DE DETHAN**  
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los *Sáns PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES* para facilitar la emision de la voz. — Precio: 12 REALES.  
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARÍS

**MEDICACION ANALGÉSICA**  
**Solucion y Comprimidos DE EXALGINA DE BLANCARD**  
**JAQUECAS COREA REUMATISMOS DOLORES NEURALGICOS, DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS.**  
 El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento  
**CONTRA EL DOLOR**  
 PARIS, rue Bonaparte, 40

**Jarabe de Digital de LABELONYE** contra las diversas Afecciones del Corazon, **Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.**  
 Empleado con el mejor exito  
 El mas eficaz de los Ferruginos contra la **Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.**  
**Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

**Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN** HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.  
 Medalla de Oro de la Sa<sup>d</sup> de F<sup>ia</sup> de París  
 LABELONYE y C<sup>ia</sup>, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

**PAPEL WLINSI**  
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.  
 Depósito en todas las Farmacias  
 PARIS, 31, Rue de Seine.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese **PILLORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.





DISTRACCIÓN, escultura de Venancio Vallmitjana

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

## Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

## al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.  
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

## LICOR LAVILLE GOTA REUMATISMOS

Específico probado de la GOTA y REUMATISMOS, calma los dolores los mas fuertes. Accion pronta y segura en todos los periodos del acceso.

F. COMAR é HIJO, 28, Rue Saint-Claude, PARIS

VENTA POR MENOR. — EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

## CARNE, HIERRO y QUINA

El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

## VINO FERRUGINOSO AROUD

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

CARNE, HIERRO y QUINA: Diez años de exito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El Vino Ferruginoso de Aroud es, en efecto, el unico que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida: el Vigor, la Coloracion y la Energia vital.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.  
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

## FALTA DE FUERZAS

ANEMIA  
CLOROSIS

DEBILIDAD  
CONSUMCION



## EL HIERRO BRAVAIS

representa exactamente el hierro contenido en la economia. Experimentado por los principales médicos del mundo, pasa inmediatamente en la sangre, no ocasiona estreñimiento, no fatiga el estómago, no ennegrece los dientes. Tómense veinte gotas en cada comida. Exijase la Verdadera Marca.

De Venta en todas las Farmacias.  
Por Mayor: 40 y 42, r. St-Lazare, Paris.

## ENFERMEDADES del ESTOMAGO

## Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA  
PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART, EN 1856  
Medallas en las Exposiciones internacionales de  
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS  
1867 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS

DISPEPSIAS

GASTRITIS - GASTRALGIAS  
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS  
FALTA DE APETITO

Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION

BAJO LA FORMA DE

ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT  
VINO. . . de PEPSINA BOUDAULT  
POLVOS. . . de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine  
y en las principales farmacias.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN